

HISTORIAS
LGTBI

Viermes *Noche*



FABIÁN VÁZQUEZ

**VIERNES
NOCHE**
Fabián Vázquez

VIERNES NOCHE

Copyright © 2024 por Fabián Vázquez

ISBN-13: 9798328015554

ISBN-10: 8328015554

Corrección: Dani Vera

Portada y maquetación: Fabián Vázquez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el permiso previo de los autores/editores.

Estoy llorando por tí,
estoy llorando por cosas de ayer,
y cada día, cada día me duele más.

Estoy llorando por tí,
estoy llorando por cosas de ayer,
y cada día, cada día que pasa me duele más.

Minerva



Nunca sabes lo que puede ocurrir cuando sales por la noche. Seamos sinceros, el noventa por ciento de las veces no ocurre nada, hay un ocho por ciento de posibilidades de que te lleves a alguien a casa y un dos por ciento de que toda tu vida cambie. Reconozco que las mías son siempre de un cien por cien. Nadie mira al chico gordito en la discoteca.

Así que aquí estoy yo, esperando en el Belladona, mientras me bebo mi segundo refresco de lo que promete ser una noche aburrida, mala y, para no perder la costumbre, regresar solo a casa. Vacío el vaso de tubo y muerdo el limón para sacarle la pulpa. Me levanto y me voy al baño para vaciar la vejiga, que lleva rato reclamando una evacuación de líquidos. Una vez terminado, me miro al espejo al mismo tiempo que me limpio las manos.

Se me ha olvidado presentarme. Mi nombre es Pablo, tengo veintinueve años y vivo en la hermosa ciudad de Barcelona. No soy lo que se dice un chico demasiado agraciado en lo que a la estética gay se refiere. Mido metro ochenta y estoy algo fondón. Suelo llevar camisetas anchas y pantalones rectos para que no se me note demasiado. Algo que debéis saber sobre el ambiente es que, otra cosa no, pero las maricas pueden llegar a ser auténticas arpías despiadadas, dispuestas a comerse tu corazón esa misma noche, justo después de gritar «¡Cariiii!» y darte dos besos que ensombrecerían, en hipocresía, al que le dio Judas a Jesucristo.

A lo que iba, que me disperso. Soy un chico normal y corriente que sale los fines de semana con la intención de divertirse y ver si pilla algo de cacho a última hora de la noche. Y quién sabe, quizás el a...

—¡Maricón, sal del baño ya! ¡Que me meo viva! —gritan desde fuera del minúsculo baño.

¿Qué os había dicho?

Abro para salir, y un chico golpea con sus delgados dedos el marco de la puerta. El prototipo de lo que Montse, mi mejor amiga, y yo llamamos «marica arena». Es decir, un chico joven, extremadamente delgado, ropa de colores muy llamativos y, por supuesto, el lote completo no podía estar sin el aceite y las plumas correspondientes.

Voy a parar aquí un segundo, no tengo nada en contra de la pluma, es más, yo mismo la abrazo más de lo que a muchos les gustaría. Pero a algunas personas parece que les gusta vestirse de ellas, y no es ni criticable ni molesto. Solo marco algo que es vistoso y que es denominador común.

—¿Ya vas a vomitar? —digo, esperanzado en que pille la indirecta. Aunque reconozco que jugar con esos temas es algo peligroso y no soy precisamente la mejor persona por hacerlo.

El chico me mira como si intentara asesinarme con la mirada. Ha visto demasiadas veces *Chicas malas*, y se nota a la legua que intenta ser el clon número tres millones de Regina George. Se mete rápidamente en el baño, cerrando la puerta, y esa mirada es la que mina mi confianza

todos los días que salgo por el ambiente. Os preguntaréis por qué lo hago entonces, y la respuesta es que espero encontrar a un hombre que me me quiera como soy. Aunque rodeado de tanta superficialidad, es una tarea ardua y complicada.

Cuando salgo a buscar sitio de nuevo, Montse ya está sentada en uno de los taburetes de la cristalera que da al exterior. Según sus palabras, le gusta mirar la mercancía cuando pasa. Cómo no, ya tiene su ron con cola en la mano, y medio vacío. Vamos a dejar una cosa clara, decir que es una esponja es, y a día de hoy sigue siendo, el eufemismo de los siglos venideros. Me siento en el taburete que ella ha reservado para mí y la miro con cara de pocos amigos.

—Llegas media hora tarde, zorra —le señalo con el dedo, acusándola.

—Yo también te quiero, cielo, pero me he encontrado con Susana. —La miro con la cara que uno pone cuando no sabe de quién coño le están hablando, pero ella no quiere darle importancia —. Sí, hombre, la chica esta que la semana pasada intentó enrollarse conmigo, pero como yo no tenía el día bi, no se comió una almeja —señala hacia su vagina cuando dice eso—. Justamente esta.

Ya estoy curado de espantos. A Montse le cuesta mucho aceptar su bisexualidad, y yo la animo a probarlo. Pero se resiste, la muy cabrona, y me paso muchos fines de semana intentando que se enrolle con alguna de las chicas que le tiran la caña.

«¿Ves?, otra vez se me olvidó, no tengo remedio. Soy el gay típico que solo se fija en lo que le pasa a él y se olvida de que alrededor del mundo también hay personas humanas que importan, denúnciame».

Al lío, Montse es una chica de treinta y dos años, aunque ella jura y amenaza que tiene solo veintiocho, y que su DNI está mal. Montse es —como dice mi hermano— sexo puro, una chica con curvas, un pelo largo pelirrojo precioso y una mirada que hace que muchos heteros babeen por allí donde ella pasa. Reconozco que en algún momento me da cierta envidia su facilidad para captar a los tíos, pero claro, yo no soy un chico bombón y no los atraigo ni con un electroimán.

—¡Auch! —me quejo al recibir un capón de Montse.

—Te has vuelto a quedar en la inopia. Te contaba lo que pasó con Susana, y tú has desconectado.

—Lo siento, cielo, pero no tengo el día. En realidad, no sé por qué salgo esta noche, Montse, no me apetece lo más mínimo.

—Pues porque vas más salido que el palo de una escoba y necesitas un polvo como yo otro ron con cola —dice mientras se levanta y va a la pequeña barra para pedirse otra bebida.

Nunca me ha gustado tomar la iniciativa, soy demasiado tímido para lanzarme a un chico y decirle que me gusta. Ni borracho. Montse dice que tengo vergüenza genética y que seré una solterona con veinte gatitos a los que alimentaré mientras me lamento de no haber cazado un marido cuando tenía la oportunidad. Sí, con amigas como ella, quién quiere enemigos que te desmoralicen y minen tu confianza. ¡Ella lo es todo!

Como estoy delante del ventanal, me pongo a mirar a la gente que pasa. De vez en cuando, miro mi móvil, sin mucha esperanza de recibir algún mensaje en el Grindr. Muchos chicos pasan por delante mirando hacia adentro, como si yo fuera invisible y miraran a través del cristal y de mí.

Cuando me termino el refresco, echo un vistazo hacia dónde está mi amiga, que aún espera a que le sirvan su bebida reconstituyente. Vuelvo mi mirada hacia la calle, esperando a que el tiempo pase, y cuando giro el cuello, veo a un chico parado delante del ventanal que me mira directo a los ojos. Me saluda con la mano y señala hacia el cristal que tiene delante de mí. Estoy boquiabierto. Sí, amigos, un chico monísimo me mira desde el cristal y me quedo con la boca

abierta como si fuera una muñeca de látex sin cerebro. Nunca he deseado, como en ese momento, que la tierra me trague.

Le echo un vistazo de arriba abajo rápidamente. Si él puede mirarme con tanto descaro, yo no voy a ser menos. Es un chico más bien delgadito, moreno, con un peinado que yo definiría como «el último tupé», pero eso es lo menos importante. Su camiseta rosa fosforescente con brillantina y sus pantalones ajustados le dan ese toque que me vuelve loco. Vale, lo reconozco, me ponen los chicos jovencitos y delgados. La pluma es opcional, no me supone ningún problema y no me quita el morbo, como he oído decir a alguno de mis colegas del ambiente.

Si os fijáis, digo colegas, porque amigos, lo que se dice amigos, se tienen pocos en el ambiente. No digo que no se puedan tener. Yo solo me he encontrado con gente interesada que está más preocupada por encontrar su polvo/novio/príncipe azul, por el cual te abandonará en el más absoluto de los olvidos, que en ser tu amigo con todas las consecuencias. Así que tengo un grupillo con los que salgo de fiesta, pero que si lo miro fríamente, no son mis amigos.

Si veis que se me va la cabeza y divago, tenéis que saber que es normal en mí. Mi cerebro suele ir a un par de kilómetros por delante de mi propia presencia, y me cuesta concentrarme. Es por ello por lo que suelo divagar de un lado a otro en una conversación. No os queda más remedio que aguantarme.

A lo que íbamos, el chico me mira fijamente, y yo me quedo ahí con cara de idiota con la boca abierta. Sí, no es muy elegante que digamos, pero tampoco es que yo sea un compendio de virtudes sociales.

Me guiña el ojo y, con una mano, me lanza un beso al aire. Montse, que tiene el mismo don de la oportunidad que Mariah Carey hablando de los niños pobres de África, llega en ese momento, lo que hace que el chico de mis sueños húmedos de las próximas dos semanas salga espantado.

—¡Estaba ligando!, ¿sabes? —susurro, en un intento de parecer indignado.

—Sí, claro, usabas la técnica de la muñeca hinchable, que es la última moda entre las maricas de a pie —dice Montse, que me señala con el dedo acusadoramente.

Os he dicho que no necesito enemigos, ¿no? ¿Empezáis a comprender por qué?

La miro furibundo y me levanto de mi silla, dispuesto a irme.

—¡Ah, que ya nos vamos! Menos mal que pedí un vaso de plástico y podré bebérmelo mientras llegamos a Arena.

—¿Y qué harás a medio camino? ¿Arrastrarte desesperada hasta la barra? —exclamo, fingiendo que soy Gollum—. ¡Rooon! ¡Míooo! ¡Mi tesoro!!!

—A veces, puedes resultar un imbécil, lo sabes, ¿no?

—Pero adoras salir de fiesta con este imbécil, reconócelo. No podrías conocer a todos esos especímenes de estudio a los que analizas profundamente.

Montse calla por respuesta; un movimiento inteligente, sobre todo, porque ella solo sale cuando lo hago yo. Amo a esta chica, aunque jamás se lo diría a la cara porque se volvería insufrible.

Cuando llegamos a la altura de la Gran Vía, como ya había vaticinado, su reconstituyente está terminado y lanza el vaso con hielo a la basura. Su mirada de quiero más, como Kirsten Dunst en *Entrevista con el vampiro* me lo dice todo. Su alcoholismo social se hace muy pesado. Abro mi cartera y reviso que tenga mis entradas para la discoteca. Es de sobra conocido que, si pasas previamente por Punto BCN, el bar de los mismos dueños de la disco, y te tomas algo, tienes entrada gratis luego para cualquiera de las tres Arenas.

Llegamos a la puerta, y hay cola para entrar en la sala VIP. Raro, porque solo son las once y media. Pero esperamos pacientemente mientras me aguanto la risa por ver a Montse en pleno

síndrome de abstinencia. Yo creo que algún día de estos voy a meterla en un centro de esos de desintoxicación, para que me deje tranquilo un tiempo y los vuelva locos a ellos un rato. Qué a gusto me quedaría.

No tardo mucho en impacientarme y vuelvo a mirar el Grindr, simplemente por el mero hecho de hacerlo. Aunque ya sé que no habrá demasiado éxito en ello. Mientras, alguien me golpea suavemente la espalda.

—¡Hola, guapo!

Creo que es el momento de ponerle un nombre a mi cara de muñeca hinchable. ¿Qué tal Cinty o Angélica? Creo que la llamaremos cara de Cinty, porque justo es la cara que se me pone cuando el chico del Belladona me toca la espalda y me dice guapo. Al parecer, mi noche va a cambiar.



Qué triste sería la vida de un gay si no pudiera disfrutar de todo lo que ocurre un viernes por la noche. Nos habíamos quedado en que el chico que me había dejado con cara de Cinty estaba detrás de mí, tocándome el hombro y llamándome guapo. Creo que eso podría resumir perfectamente todo lo que me ocurre en el inicio de esta pequeña aventura. Aunque, para ser sincero, no es un resumen bien aplicado. ¡Pero es que el chico es tan mono!

—¿Dónde has conseguido la entrada? —pregunta el dios de color de rosa más hermoso del universo.

—Ehhh..., esto...

Como podéis comprobar, además debo tener algún tipo de tara mental que me impide ser coherente cuando estoy delante de un chico guapo.

—Las puedes conseguir si vas a tomar algo a Punto. Después, te dan la entrada para cualquiera de las Arenas —responde con rapidez mi muy mejor amiga del alma para rescatarme—. Pero como eres tan jodidamente adorable y guapo, te daré la que me sobró la semana pasada, y así entras con nosotros.

Miro a Montse con un agradecimiento del que me voy a arrepentir por el resto de mi vida. Sé que tanta generosidad de su parte tendrá un alto precio a pagar.

—¡Eso es fabuloso! —chilla el muchacho muy emocionado—. ¿Cómo puedo agradecerlos? —dice, mirándome directamente a los ojos e insinuándose descaradamente.

¿Quién dice fabuloso en pleno siglo XXI? Yo no, pero este chico, al parecer, lo encuentra la mar de... fabuloso.

—Me llamo Arnau —dice, bajando el volumen de emoción y mirándome como si quisiera comerme.

Como es obvio, Montse se adelanta a que yo diga cualquier cosa. Aunque claro, es casi imposible porque mi cara de Cinty aún ha terminado de cerrarse.

—Yo soy Montse —se presenta, le da un beso en cada mejilla y gira con un dedo la cara del chico, haciendo que me mire a mí directamente—. Este encantador, guapo y sexi hombre es mi amigo Pablo.

Voy a hacer un pequeño parón en esta narración porque quiero explicaros algo. Un día, no sé cuándo, los gais decidieron que, en vez de saludarse entre ellos con dos besos en las mejillas, lo harían dándose un beso rápido en los labios. Desde mi humilde opinión, es una guarrada, y lo detesto desde el fondo de mi ser. Continuemos...

Pero justo en este momento, creo que todos mis ideales me los dejé en casa, porque Arnau, cuando me va a dar un beso, se queda algo más del tiempo establecido por el protocolo marica. Bueno, vale, en realidad me pone una mano detrás de la nuca y me suelta un morreo que me deja

sin aliento, separándose con la misma rapidez e intensidad con la que me ha cogido por banda.

—Me llamo Pablo —consigo balbucear, sorprendido por el fabuloso beso que me ha dado.

—Sí, eso he oído, guapo.

¿Acaso un chico puede tener una musicalidad tan deliciosa en su voz? Valeee, estoy babeando. ¡Mierda! ¿Y si es un crío que se hace pasar por mayor? Y yo aquí, morreándome con él.

—¡Joder! —grito al sentir el fuerte capón que me ha dado Montse.

—Despierta, Cenicienta, que entramos ya. ¿O quieres ir a la Madre?

Para los que os habéis perdido, os cuento un poco cómo va el tema de las discotecas. Todas se llaman igual y son cuatro. Está Arena Madre, que es la discoteca donde ponen *house* y *dance* y es, además, la primera Arena que abrieron. Después está la Classic, que nosotros llamamos la Hetero, porque es donde más heterocuriosos van, y la música está muy mezclada, entre petarda y pop actual. Y para finalizar, están la Dandy y Vip. En realidad, son una sola discoteca con dos plantas. En ellas hay todo tipo de música, pero sobre todo, música petarda y de divas. Si no sabéis lo que es música petarda, básicamente, es toda aquella que se suele escuchar en discotecas gay: Madonna, Katy Perry, la Gaga, la Terremoto de Alcorcón, la Britney, la Kylie... Hay muchas donde elegir.

Arnau se sonroja y pone una mano en su cintura. Es delicioso verle en esa postura. Algunos habrían dicho que es femenina, yo la clasifico como la cosa más sexi que he visto en mucho tiempo.

—Será un placer ir con vosotros. Además, no pienso separarme de este hombretón en toda la noche.

—¡Oh, Dios! ¿Puedo adoptarte? Es que, si me animas a Pablo, podré disfrutar de una noche sin lamentaciones.

—Pero ¡¿cómo puedes ser tan hija de la gran puta?! Ahora va a ser que yo me paso la noche lamentándome como un perro abandonado. Y dime, ¡oh, gran sufridora! ¿Cuándo lo hago? ¿En el descanso de Mónica Naranjo y Camilo Sesto, o después de recogerte borracha del baño de chicas?

La cara de Montse es un poema en ese momento, y Arnau no sabe dónde meterse. He de decir que el chico es inteligente y se coloca estratégicamente detrás de mí, rodeándome con los brazos.

—Así que hoy te ha bajado la regla, ¿no? —pregunta indignada y realmente enfadada—. No diré nada más porque está aquí tu futuro marido, y no quiero que os divorciéis antes de que yo pueda ser la madrina.

Voy a replicar. Por supuesto, es una pérdida de tiempo. Su mano está delante de mi cara, en esa actitud tan de película americana de «háblale a la mano».

—¡No es mi marido! —exclamo, algo más avergonzado que indignado.

—Aún —me susurra Arnau con dulzura en la oreja, mientras yo me debato internamente entre convertirme en un helado abandonado en medio de la carretera en verano o en una inofensiva vela al lado de una chimenea ardiendo.

Soy literalmente arrastrado por estos dos conspiradores al interior de la discoteca. Por suerte, es verano, y no tenemos que dejar nada en el guardarropa, aunque mi mejor amiga siempre encuentra una excusa para no tener que pagar, y no hay noche en la que no acabamos cargando las malditas chaquetas.

La cuestión de todo esto es que no se me ha escapado ni por un segundo que Arnau no me suelta la cintura. Sí, Pablo, eres la mar de suspicaz. Sobre todo porque, por arte de magia, mi polo se ha salido de dentro de los pantalones y su mano recorre mi barriga. Reconozco que mi

primer acto reflejo es esconderla, pero cuando noto un pequeño agarre a mi chicha y cómo aproxima su paquete hacia mí, restregándose con suavidad, decido dejar de darle importancia.

Vale, detengamos esto un segundo, esto quiere decir algo, ¿no? Porque me llama poderosamente la atención que no se haya despegado.

Giro con ligereza la cabeza para susurrarle, y me roza los labios con suavidad con los suyos. Mis nervios se ponen a flor de piel e intento hablar, pero no salen palabras de mi boca.

—No pienso despegarme de ti, guapo.



Se me hace un nudo en la garganta y no puedo tragar. Nos movemos estratégicamente hacia los sofás interiores para sentarnos, mientras veo cómo Montse se gira y le pregunta a Arnau qué bebe. Yo, cómo no, estoy en una nube. Bueno, para ser francos, estoy más bien tan salido que soy incapaz de reaccionar a nada que no sea el hermoso rostro de Arnau.

Sin darme cuenta, ya estoy sobre el sofá con él sentado encima de mí. Decir que soy el tío más afortunado de la discoteca es poco, o al menos, así es como me siento.

—Y dime, Pablo... —Su dedo pasa por encima de mis labios, y yo me quedo gilipollas total —, ¿en tu casa o en la mía?

¡Alto ahí! ¿Acaba de usar una frase cliché conmigo? Porque si es así, es posible que terminemos esta noche como el rosario de la aurora.

Mientras dejo a Arnau ahí parado encima de mí, voy a hacer una ligera pausa para contaros algunas cositas sobre mí que no soporto. Sí, soy Pablo, la maniática, pero quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. ¡Oh, joder, no tengo personalidad ni criterio! Ya estoy usando frases hechas. Odio, y hago hincapié en que no soy perfecto, las frases cliché, aunque a veces, como podéis comprobar, soy un hipócrita del carajo y yo mismo las uso dentro de mi cabeza. Otra cosa que no soporto, y que hace que salga la demonio que hay en mí, es que me traten como a un niño. No hay nada que me saque más de mis casillas cuando un tío empieza a llamarte cosas tiernas y bobaliconas para infantilizarte. Quizá haya gente a la que le encante que le traten así, pero en lo que a mí respecta, trátame como a un igual y no como a algo delicado que hay que convertir en un niño indefenso. Ahora, ¿veis al chico ese tan mono que me acaba de proponer sexo? Sabremos por dónde van las cosas.

—Esto..., no sé qué decir —respondo, algo perplejo.

—¡Era broma, tontorrón! —me susurra mientras le da un largo lametón a mi oreja derecha.

Suspiro con fuerza, no porque no me apetezca empotrar contra la cama a Arnau hasta que gima mi nombre, sino porque quiero conocerle antes un poco. Lo sé, el señor hipócrita de «no me gustan los clichés» ahora quiere conocer a un chico antes de acostarse con él. ¡Eh!, ¿quién dijo que esto era justo?!

—Te veo muy bien acompañado, Pablo. ¿No me vas a presentar?

Esa voz... Ahora vais a conocer lo que en el ambiente llamamos una marica mala, una verdadera Regina George.

Levanto la vista y veo a la reina de Arena, su excelentísima PutiJordi. Bueno, en realidad se llama Jordi, pero desde que Montse le llamó una vez así, he sido incapaz de llamarle por su nombre real.

—Hola... Jordi, no te he visto llegar, estaba demasiado ocupado.

—Ya lo veo, ya, aunque no sabía que te gustaban las anoréxicas.

Puedo sentir, por un segundo, cómo el cuerpo de Arnau se tensa ligeramente. Su delgadez es, al parecer, algo de lo que no se siente orgulloso. Voy a replicarle, pero se gira, dándome la espalda, y mira con rabia a Jordi.

—Ahora entiendo por qué nadie te soporta en Arena. Eres una hija de puta envidiosa que no se come un rosco y disfruta jodiéndole los rollos a los demás. Estoy delgado, sí; le gusto a Pablo, ¿y qué? Asúmelo y vete a joderle la vida a otro. —Coge aire; al parecer, no ha terminado—. Muchos aquí estamos cansados de que te creas la dueña del ambiente y te dediques a atemorizar a los demás. Déjame decirte algo, mariconas estreñidas. Yo ya pasé por abusos en el colegio y no estoy dispuesto a pasar de nuevo en una discoteca gay por lo mismo. Así que saca tu culo flácido de mi vista, y haznos el favor de desaparecer, ¡zorra!

En ese momento, llega Montse que se queda petrificada al escuchar a Arnau. Yo estoy completamente en *shock*, porque nadie le contesta a Jordi de esa manera y sale vivo. Su cara comienza a estar roja como un tomate y sus puños cerrados. Me enervo, preparado para proteger a Arnau de ese imbécil.

—Mira, mariposón...

—¡Oh! Qué original, ahora soy un mariposón. Maricones como tú son los que hacen que la homofobia siga dentro del ambiente. Tengo pluma, sí, pero ¿qué coño te importará a ti, imbécil? Supéralo.

—¿Ocurre algo por aquí?

Y llega Mario, el dios heterosexual de Arena, con una camiseta negra con la serigrafía de *STAFF* en el pecho, para dejar claro que pertenece al personal de la discoteca. O lo que comúnmente llamamos, el segurata de la disco.

Y es Montse la que, saliendo de su estupor, se dirige al muy hetero Mario:

—Hola, cariño. Pues, al parecer, este chico —Señala a Jordi—, ha decidido que mi amigo Pablo no se merecía a este hombre. Para mi estupefacción, Montse le lanza un beso a Arnau.

—Sí, vale, pero no entiendo los gritos. Si no os calmáis, os echo a los cuatro.

—Oh, cariño, no te preocupes, solo tendrás que echar a... ¿cómo le llamaste?

—¿Culo flácido? —pregunta Arnau sonriendo.

—¡Eso! Tendrás que echar a ese culo flácido de nuestra vista. Se pasa los fines de semana atemorizando a los gays y, ya sabes, mi vida, la mayoría de ellos tienen traumas con los abusos.

La situación es, cuanto menos, bizarra. Mario se come con la vista a Montse. Esta, que usa su *sex appeal*, pestañea un poco hacia el pobre e indefenso segurata.

—¡Tú! —levanta la voz hacia Jordi—, fuera de mi vista, y que no te vea cerca de ellos.

Veo a la PutiJordi alejarse muy enfadada. Sé que esto no ha hecho más que empezar y que esta situación nos explotará a todos en la cara. Aunque yo tengo otra cosa de la que preocuparme. Arnau ha resultado ser un chico con un par de huevos. No puedo más que mirarlo con admiración. Pero de nuevo, Montse se me adelanta:

—¡Es oficial! ¡Estás total y completamente adoptado!

Arnau se pone rojo, y solo yo puedo notar que tiembla de arriba abajo. Todo ha sido fachada, supongo que construida a lo largo de los años de abusos debido a sus ademanes afeminados y su cuerpo delgado. Lo rodeo con fuerza de la cintura para atraerlo hacia mí.

—Definitivamente, nos lo quedamos. Ha sido lo más sexi que he visto hacer en mucho tiempo a alguien. Nadie le planta cara a la PutiJordi así.

—¿Cómo que la PutiJordi? —pregunta Arnau con curiosidad—. Yo le llamo La Jordi.

—Es como le llamamos Montse y yo en secreto. Pero como has sido adoptado oficialmente, podemos usarlo delante de ti —digo para que se sienta realmente integrado. Estoy deseoso de que no se separe de mí.

—Pues lamento deciros que no le va nada de nada. Es un desgraciado que no se come una mierda. En realidad, nunca liga y acaba por irse a la sauna a última hora para que algún desesperado se la folle. La Jordi no tiene nada de putilla, es solo una marica despechada y poco agraciada a la que su asqueroso carácter no le hace ningún bien.

Se nos queda a los dos una cara de póker cuando Arnau dice todo eso. No puedo sacarme de la cabeza que este chico delicado tenga una personalidad tan fuerte.

—Entonces, creo que lo justo sería que le llamáramos —Hago un gesto de comillas con los dedos—, la Jordi, en tu honor.

—¡Oh, no! Si se entera de eso, me mata. Es una zorra vengativa —suplica, para que no usemos ese nombre en público.

—Cielo, tú tranquilo, que solo lo utilizaremos en privado y entre nosotros —sugiere Montse en un tono tranquilizador.

—Además —comienzo mientras le agarro de la cintura—, ahora estás bajo nuestra protección. No permitiremos que la Jordi nos fastidie la fiesta, ¿no?

Y en ese momento, suena la Diva. Empieza a entonarse el *Sobreviviré* de Mónica Naranjo, y Arnau pega un bote con celeridad y me coge de la mano, obligándome a levantarme.

—¡Quiero bailar esta, vamos!

—No me gusta bailar —respondo, haciendo un puchero.

—Podrás meterme mano mientras bailo, entonces.

—¡Esa idea ya me gusta más! —exclamo, sonriendo y dejándome arrastrar.

Montse nos sigue con su reconstituyente, alzando la otra mano al ritmo de la Naranjo, mientras yo sonrío porque este viernes noche empieza a ser muy diferente.



Pròxima estació, Passeig de Gràcia.

La megafonía del tren marca que mi parada está a punto de llegar. La robótica voz de la chica ha conseguido traspasar el volumen de mis auriculares. Hoy no ha sido un buen día. Mi hermano, en su tónica habitual, ha decidido que el maricón de su hermano tiene que darle dinero para sus mierdas, y yo me he negado. Me he llevado una hostia de dimensiones bíblicas que me ha dejado un pequeño golpe en la cara. Bendito maquillaje...

Bajo del tren con rapidez. He visto a un par de imbéciles de mi pueblo que se han colado en él, y no tengo ganas de tener que salir corriendo. Subo las escaleras casi de tres en tres y paso las puertas de seguridad. Ya casi estoy en el exterior. Hay guardas de seguridad por allí; ya me siento seguro.

Es una mierda ser tan delgado. Todos piensan que eres débil y quieren partarte algo. Nunca agradeceré suficiente a mi madre que me apuntara a defensa personal. Si pudiera ver al chico que soy ahora, muy posiblemente nos habríamos ido de compras juntos y me habría dado consejos de maquillaje.

Miro el móvil, y son las diez de la noche. He quedado con Sergio para salir los dos de fiesta a la Vip. Así que me dirijo a plaza de la Universidad para esperarle e ir a cenar al chino barato antes de salir de fiesta. Me siento cómodamente en un banco de piedra mientras cojo el teléfono y miro el Grindr. No hay nada que me interese. En realidad, no tengo mucha predilección por las musculocas ni por las reinonas. Me suelen gustar los chicos que son normales, y eso, a día de hoy, es una especie en extinción. Yo mismo soy un estereotipo con patas. Soy muy delgado, pero básicamente porque mi constitución es así. Puedo comerme tres platos llenos de comida china y no engordo ni un gramo. Ahora mismo estoy en dieta del gimnasio para coger peso, porque mi médico dice que gasto más calorías de las que consumo.

La verdad es que solo hay dos perfiles interesantes. Uno de un tal Magnun22, que, o tiene veintidós centímetros de polla, esa edad, o es su coeficiente intelectual, lo cual no deja mucho para hablar con él. Y, además, solo busca sexo sin compromiso. El otro se llama Peibol85. Este parece más normalito. De cara es guapetón y busca una relación estable, aunque no descarta el sexo sin compromiso. Al menos, es sincero.

Sergio llega puntual como un reloj, y vamos a cenar al chino. Realmente es una cena muy amena y divertida, como siempre con él. Somos amigos desde que teníamos nueve años y nos pusieron juntos en el colegio. Él es un hetero de tomo y lomo. Y aunque de jóvenes pude chupársela una vez, nunca más lo repetimos. A él no le gustó, y yo tuve clara mi sexualidad en ese instante. A Sergio nunca le ha importado mi pluma, mi alto sentido de la moda ni mis ideas locas de diversión. Se apunta a un bombardeo conmigo, y nos queremos incondicionalmente. Así

que, después de rérnos de la camarera y hacerla sentir incómoda con un poco de aceite mariquita y purpurina, salimos fuera, directos a tomar una copa al Cangrejo, donde bailamos, bebemos y nos reímos juntos.

—Hoy no puedo ir contigo a Arena, Arny. He quedado con Rebeca.

Hago pucheros porque salir de fiesta con Sergio es muy divertido, y rescatarlo de las maricas, mi misión en la vida.

—¿No puedes aplazarlo? Es que hoy me apetecía salir hasta tarde.

—No puedo, nene, pero te prometo que el próximo viernes salimos.

Pego un chillido poco masculino, aunque me importa una santa mierda, en realidad.

—Si no lo haces, te soltaré en el cuarto oscuro de la Madre y tapiaré la entrada.

La fingida cara de terror de Sergio es un poema. Lo abrazo con fuerza y le doy un pico en los labios. Yo soy el único que puede hacerlo. Todo el que lo intenta se lleva una hostia sin avisar.

Salgo del local con Sergio y veo cómo él coge un taxi. Yo decido ir a la Vip, independientemente de lo que ocurra hoy. Tengo ganas de fiesta.

Paso por delante del Belladona, y está bastante lleno. Lo que me sorprende es el chico que hay delante del ventanal: es Peibol85. Me paro delante para poder observarlo bien. Es guapete y muy sexi. Bueno, yo lo considero sexi; para la mayoría de las maricas del local seguramente será invisible.

Qué divertido es verle con la boca abierta, probablemente alucinando porque la marica de ropa rosa le mira. Decido en ese instante que tendré que mirar a hurtadillas para ver qué pasa si yo desaparezco. Así que hago como que me voy, y me escondo detrás de un coche aparcado para observar su posible reacción.

He aprendido a leer los labios de mi madre, que es sordomuda. Tuvimos que aprender no solo a leerlos, sino a vocalizar junto al lenguaje de signos. Y, al parecer, hablan de mí. ¡Esto es todo un éxito! Veo cómo Peibol85 y su amiga salen discutiendo del local. Por lo que se oye, no es una bronca ni una pelea. Básicamente, son dos amigos que se conocen muy bien. Me recuerda mucho a la relación que yo tengo con Sergio.

Van a la Vip, así que me pongo detrás de ellos hasta que se acomodan en la cola. Es entonces cuando tengo que sacar toda mi valentía y mi morro. Me tiro encima de Peibol85 y digo:

—Hola, guapo...



El baile: ese ritual discotequero que nos vuelve a todos seudobailarines profesionales. Me recuerda a esas imágenes que hay por internet que dicen aquello de: «Así te lo crees, así es en realidad». Yo no soy un bailarín excepcional; a duras penas he conseguido que mi cuerpo coordine con el chumba chumba. Montse siempre dice que parece como si me hubieran puesto un Taser en las pelotas a mínima potencia y me convulsionara por la electricidad.

No puedo decir lo mismo de Arnau. El chico parece que se mece con la música. Es tan sensual en sus movimientos que me quedo embobado, mirándole.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta, me susurra en mi oído y me lame el lóbulo de mi oreja.

—No sé qué decir...

—¿Sabes que eres adorable cuando balbuceas? —ronronea, y me coge de la mano para arrastrarme hacia una de las columnas.

Es un beso, un beso eléctrico, mágico, químico y fabuloso. Es el Beso. Sus sedosos labios rozan los míos, y su lengua se desliza entre ellos. No puedo evitar rodearle con mis brazos y atraerlo hacia mí. En ese momento, un flash nos apunta, y la magia se pierde casi al instante, como ese mismo flash que nos ha deslumbrado. Miramos hacia donde viene ese haz de luz cegador, y vemos a Montse con una sonrisa enorme de gato de Cheshire.

Tenéis que saber que tener ganas de matar a mi mejor amiga está en el mismo cajón que el de darle achuchones. Hay días en los que el odio y el amor se van de fiesta juntos y se levantan con resaca.

No se puede decir que no me guste salir con ella; es que la cabrona posee el don de ser inoportuna y de joderme todos los momentos gloriosos de mi vida, los cuales, lamentablemente, son muy pocos.

Pero volvamos al momento. Me separo lentamente de Arnau para poder mirarle a los ojos y quedarme embelesado de nuevo, hasta que dos dedos chasquean entre nosotros, sacándonos de nuestra tontería. Suena el *Estoy llorando por ti*, de Minerva, en su versión más nueva con extra de chumba chumba, y la discoteca se vuelve loca. Esta canción es la preferida de Montse, y nos gusta dramatizarla. Ni un ligue de una noche puede impedir que podamos hacer la payasa. Y, por supuesto, es lo que ocurre...

Alguien pega un chillido agudo, y todas se vuelven locas: gesticulaciones exageradas cuando suena el estribillo mientras hacen *playback* y vocalizan de manera de manera desmedida. Un espectáculo digno de ver en una discoteca gay. Yo atesoro esos momentos porque son muy divertidos y te sientes integrado en un grupo que no te mira raro por hacer el imbécil. Pero lo más bonito de la noche es ver cómo Arnau se ha añadido y es aún más exagerado en sus gestos

que Montse. Hasta el día de hoy, yo pensaba que era literalmente imposible superarla. Pero cuán equivocado estaba cuando lo veo moverse así y disfrutar de la canción como el que más. Orgásmico.

Aunque la diversión no puede durar demasiado. Un cubata vuela justo hasta el pecho de Arnau, manchando de cola su camiseta rosa. Una sonrisa de malignidad se muestra en el rostro de la Jordi, quien finge con un «¡ups!», que me da ganas de arrancarle a arañazos esa estúpida cara.

—No sabes cuánto lo siento, Arnau. No era mi intención volcarlo encima de ti. Pero tenías esos espasmos epilépticos, y no tuve tiempo suficiente para esquivarte.

Mi rabia emerge con un instinto protector que no había tenido en muchísimo tiempo. No me lo pienso demasiado para coger de la muñeca a la marica envidiosa y empujarlo con fuerza al suelo. El vaso de tubo se rompe en mil pedazos, pero no me importa lo más mínimo. Solo quiero destrozar en tantos pedazos —como el vaso que le he tirado— al que ha destrozado el buen rollo que teníamos.

—¡Eso ha sido a propósito! —exclama la envidiosa de la Jordi.

—Por supuesto que ha sido a propósito. ¡Te lo mereces por zorra! Te habían dicho que no te acercaras a nosotros, y no has podido evitarlo. Aún no me explico por qué nadie te ha puesto en tu sitio.

—¡A mí no me hables así, adefesio de mierda!

Alucino cuando veo el puñetazo —bueno, y añadamos también el bolsazo en toda la cabeza— que impacta en la Jordi. Arnau y Montse lanzan sendos golpes casi al unísono, y yo no puedo sentirme más agradecido por ello. Pero el segurata ya está allí para darnos el toque de atención.

Sin mediar palabra, nos agarra a Jordi y a mí y nos lleva hasta las escaleras de la entrada.

—¡Mario! Este tipo me ha tirado la bebida, y estos dos me han golpeado —señala de manera acusatoria a Montse y Arnau.

—Jordi, ya te tengo vigilado, estaba en la cabina del DJ. He visto cómo le tirabas encima la bebida mientras bailaba. Y después te has enfrentado a ellos y te lo han increpado. ¿Alguien me rellena los huecos que me faltan?

¿Perdón? ¿Dios Mario acaba de preguntar si alguien le rellena los huecos? Creo que esa se convierte en la frase de la noche. Todos la recordaremos cuando echemos la vista atrás.

Intentando aguantar la risa, me pongo delante de Mario con los brazos en jarras, protegiendo a Montse y Arnau.

—En realidad, no ha pasado nada, Mario. Simplemente, Jordi ha querido joder la marrana y me ha llamado adefesio —le explico con tranquilidad cuál ha sido la situación.

—¡Eso es falso! Ni siquiera sé lo que significa adefesio.

Yo miro a la Jordi, divertido, al detectar rápidamente cuál es su maquiavélico plan de dejarnos a nosotros como malos, y a ella como la pobre marica a quien le han pegado un puñetazo.

—Bueno, cielo, todos sabemos que no eres muy inteligente, pero no te preocupes, eso te lo perdonamos. No nos gusta discriminar a nadie por lo poco o mucho que use su cerebro.

—¿No lo ves, Mario? ¡Ahora me llaman retrasada!

La cara del segurata es un poema. No sabe qué hacer, si reír o si, por el contrario, enfadarse y mandarnos a todos a la mierda. Pero podemos ver en su cara que ha tomado una determinación y una solución.

—Todos fuera —dice muy calmado, sorprendiéndonos a todos—. Hoy os echo de la Vip. Jordi, todos te conocen, así que no entrarás a ninguna de las Arenas hoy. Vosotros podéis ir a la Madre o a la Classic.

Nos quedamos todos con los ojos como platos, pero resignados, porque, al menos, nosotros podremos ir a la Madre.

Me fijo en Arnau, que tiene una enorme sonrisa en su hermosísimo rostro. Supongo que tampoco le importa demasiado que lo echen. Y si somos sinceros, la Madre no me desagrada.

—¡No puedes echarme! ¡Yo no he tenido la culpa de nada!

—Sí, claro... El cubata se ha caído porque sí, entero sobre su camiseta, ¿no? —pregunto sarcásticamente—. Gracias, Mario, nosotros nos vamos a la Madre. Lamentamos el problema, y nos vemos la semana que viene.

Montse coge a Arnau por la cintura, y empiezan a subir las escaleras mientras Mario me asiente con la cabeza y yo me largo de la discoteca sin generar ningún tipo de problema. No es lo que la Jordi está dispuesta a hacer, así que los dejo, y me voy con mis chicos a la Madre.

Arnau coge su bolso del guardarropa al mismo tiempo que Montse apura su enésimo ron con cola. Girándose, el muchacho me mira con una sonrisa.

—Iba a partirle la cara.

Sí, ahí está este chico al que acabo de conocer, quien iba a partirle la cara a un imbécil por llamarme feo. ¿Es o no es para quedarse pillado?

Pero, simplemente, le agarro de la cintura y le vuelvo a besar con rapidez. No quiero los chasqueantes dedos de Montse a mi alrededor de nuevo. Arnau me devuelve el beso, mordéndome los labios en un arranque travieso, cosa que hace que me excite rápidamente. Bendita la Madre, que tiene cuarto oscuro.



Subimos agarrados la calle Balmes. No puedo evitar deslizar mis dedos bajo su camiseta y rozar su sedosa piel. Me siento correspondido cuando posa su mano sobre la mía y la acaricia.

Montse está extrañamente callada. Y digo extrañamente porque, en estas situaciones, estaría histérica y despotricaría porque nos han echado de la disco. Pero no, está silenciosa, y eso empieza a mosquearme.

—Montse, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¡Oh, mierda! ¡Estás embarazada de la Jordi y te duele que te hayan separado del padre de tu hijo!

Una risa floja se le escapa, y me da a entender que no es nada grave.

—¿Y no podría ser el padre Mario? —pregunta esperanzada—. ¡Que alguien me explique cómo se puede estar tan bueno!

—Yo te lo cuento —suelta Arnau sin darme tiempo a responder—. Se pasa al menos cuatro horas diarias en el gimnasio. A eso, añádele una dieta baja en carbohidratos y alta en proteína animal y sintética.

Nos paramos de golpe y miramos a Arnau con cara de: «¿tú cómo sabes tanto?».

—Soy monitor de Body Pump en el gimnasio de mi pueblo y he estudiado Educación Física. Estoy opositando para ser profesor.

Creo que mi mandíbula cae a ras de suelo en ese preciso instante. Este chico es toda una sorpresa. Si hace tanto ejercicio, es normal que esté delgado y en tan buena forma. En ese momento, mi vida sedentaria de contable me está pasando factura.

—¡Qué genial! Yo hago mucho de esas cosas, aunque no me paso más de cuarenta y cinco minutos en un gimnasio. Sobre todo, porque odio sudar y ducharme en ellos —contesta Montse risueña, ya casi llegando a la discoteca.

—Pero eso es porque te pones cachonda viendo a otras mujeres desnudas y tienes que irte corriendo a casa.

—¡Serás perra! Eso no es cierto, no soy lesbiana. Solo tengo momentos bi.

Arnau nos mira totalmente alucinado. Claro que, cualquiera que nos vea, pensaría directamente que somos ya una pareja que discute exactamente igual que una.

—¿Siempre discutís así cuando salís de fiesta? —No le culpo por tener curiosidad.

—La verdad es que siempre. Es como nuestra forma de ser —contesta Montse.

—Entonces no le haces un favor a Pablo, porque parecéis una pareja, y eso ahuyenta a posibles ligues. Si quieres estar con él, tienes que tragarla a ella.

Me separo de golpe de él como si me hubieran hecho cosquillas en ese instante.

—Eso no es cierto, ligo igual cuando ella no está. Lo tengo confirmado —replico con cierta indignación—. O sea, más o menos, nada.

—No me juzgues antes de dejarme acabar. A lo que me refiero es que no a todos los gais les gusta tener a un rollo con muebles añadidos. ¡Yo no he hecho las reglas, joder! No me miréis así.

En ese momento, Montse y yo nos miramos fijamente a los ojos, para después, acto seguido, ponernos a reír como descosidos.

Arnau nos observa como si estuviéramos locos de remate, cosa por la que no puedo culparle, ya que a veces nosotros mismos hacemos la broma de que tendrían que meternos en un frenopático.

El muchacho hace un nuevo intento de acercarse a mí, y ya se me ha pasado el enfado. Estoy de fiesta, no para enfadarme, así que le vuelvo a coger de la cintura, y nos disponemos a entrar en la discoteca después de que revisen nuestros sellos en la mano.

La música de la Madre es completamente distinta, muchísimo más *house* y machacona, pero yo ya he ideado otros planes para la discoteca: llevarme a Arnau al cuarto oscuro, y darnos el lote allí. Tengo unas ganas locas de besarle y poder saborear su cuerpo. No puedo evitar ver uno de sus pezones por debajo de su camiseta, y me está volviendo loco.

Bajamos las escaleras, y nos vamos a la barra a tomar algo. Montse ya ha entrado en modo «voy medio borracha y me tiraría hasta a una columna de hormigón», cosa que a mí siempre me resulta divertida en extremo, porque se pone sensiblera y amable.

Me acerco al oído de Arnau para susurrarle algo con cierto erotismo:

—¿Te apetece dejar a esta aquí y que nos vayamos al cuarto oscuro?

Me mira con los ojos como platos y una sonrisa en su rostro, que me dice que hoy nos lo vamos a pasar muy bien los dos.

—Ve para allá. Yo pido un botellín de agua y te cojo. Ve al baño a buscar condones si no tienes y espérame en la entrada.

Mi cara debe mostrar mi alegría..., como la que siente mi entrepierna en ese momento. Me giro y, bailando de felicidad, voy al cuarto de baño a por condones.

Veo como Pablo se aleja hacia los cuartos de baño a por condones, mientras yo me caliento por dentro. De golpe, siento la presencia de Montse a menos de 20 centímetros de mí con cara muy seria, y también algo turbia, todo hay que decirlo.

—¡No le hagas daño! —me grita medio borracha.

—No tengo intención de hacerle daño... Seré suave y le volverá loco —digo en mi defensa.

La chica se ríe por el comentario, pero pone un dedo sobre mi pecho, amenazadoramente.

—Sabes a lo que me refiero, Arnau. Pablo es sensible, demasiado, se siente feo y poco agraciado. Y que un chico guapo como tú se fije en él es como el paraíso. Si haces esto para aprovecharte de él o para hacerle daño, te juro —me enfrenta, afirmando muy seria—, que iré a buscarte allá donde estés y te meteré tal palo en el culo que te saldrá por la boca, y podremos hacer la segunda parte de *Holocausto caníbal* solo con la imagen. ¿Te ha quedado claro?

En ese momento, mi teléfono vibra con fuerza y, después de recibir la bronca de Montse, lo miro. Es Sergio.

—Sí, te prometo que no tengo intención de hacerle daño de ningún tipo. Me parece un tipo estupendo y para nada es feo o poco agraciado.

—Más te vale.

Rebeca ha cortado conmigo. Estoy hecho una puta mierda. ¿Me vienes a buscar, porfa? Estoy enfrente de la Sagrada Familia.

Oh, joder... Ni me lo pienso. Cojo la directa hacia la salida sin despedirme de nadie. No puedo sacar de mi mente a Sergio, jodido, enfrente de la Sagrada Familia, llorando.

Llevo más de quince minutos esperando en el arco de entrada del cuarto oscuro, y Arnau no aparece. Empiezo a impacientarme y a preocuparme de que Montse le haya monopolizado con su borrachera. Pero cuando llego a la barra, Montse está medio tirada en una de las escaleras con un cubata en la mano, bailando con la cabeza. No veo a Arnau por ningún lado.

—¿Dónde está Arnau? —le pregunto, intrigado y preocupado a la vez.

Montse me mira con cara de «¡no ves que estoy borracha!», y levanta una mano con un dedo.

—Le enviaron un mensaje al teléfono y se fue sin despedirse ni nada. Me dejó aquí tirada sin más.

—¿Y no pudiste venir a decirme que se había largado o preguntarle dónde iba?! —le grito muy enfadado.

—No se me ocurrió, Pablo... Lo siento.

Mi frustración aumenta por momentos. Quiero largarme de allí e irme a casa a llorar en mi cama. Ni siquiera pude pedirle el teléfono para verle de nuevo. Toda la noche se ha ido por el retrete. Una llamada de teléfono y una amiga borracha, que no pudo tan siquiera pararle para preguntarle dónde iba, la fastidiaron.

Vaya mierda de viernes noche...



No he podido evitar pensar en Arnau durante toda la semana. La rabia me ha consumido casi por completo y no he querido quedar con Montse. ¿El por qué? Por su culpa, Arnau se ha escapado de entre mis dedos y ella, como iba borracha, no pudo hacer nada para detenerle. Así que le estoy haciendo pagar por su traición, aunque quizás un poco demasiado.

Vale, tal vez la palabra traición suene un poco fuerte, pero es como me siento ahora mismo. Algunos os preguntaréis por qué no fui a buscarlo el sábado por la noche. La respuesta es que mis sábados están ocupados, casi casi, hasta el fin de mis días. Es algo muy personal que quizás algún día os cuente, pero ahora no es el momento de hacerlo.

Además, este fin de semana no iba a salir con Montse. Esta tenía planes con su familia, así que decidí salir este viernes yo solo. Pero no me gusta ir a Arena en solitario, con lo que decidí ir a otra discoteca de Barcelona, Metro BCN. Os estaréis preguntando por qué no voy a Arena por si veo a Arnau. La respuesta a esa pregunta es sencilla: no tengo ganas de que me vuelvan a romper el corazón. Desde que rompí con mi anterior novio hace tres años, me ha costado mucho meterme en una relación. Obviamente, la escapada de Arnau me dio un aviso claro y conciso de que yo no era el adecuado.

Pero volvamos al presente; estoy harto de hablar de mi pasado, ya sea lejano o cercano.

La cuestión es que mi ruta de fiesta de hoy va a ser diferente, con lo que, en vez de ir a Belladona, voy a un bar que se llama El Cangrejo. La verdad es que a mí me gusta mucho este sitio, pero a Montse le parece demasiado mariquita y moderno. Lo de mariquita, ella lo soporta estoicamente, como siempre canta, pero lo de moderno, dice que es contranatura. Así que ya me veis, delante de la puerta del local, solo.

Hay gente que no sabe salir sola y necesita reunirse con amigos para hacerlo. Yo prefiero ir solo y descubrir lo que la noche me deparará. Por norma general, acabo haciéndome amigo de las travestis de las discotecas y paso un rato estupendo. Esta noche, además, he quedado con un antiguo amigo —que fue travesti durante muchísimo tiempo— para beber una copa en el bar, y aunque ahora está retirado y casado, siempre tiene un fin de semana que otro para mí y tomar una copilla antes de que yo salga de fiesta.

A lo que íbamos, El Cangrejo es un local muy bonito. Cuando entras, el rojo inunda tu visión de manera completa. Como todo local del Eixample, es alargado, como una gran caja de zapatos con cuatro columnas a su derecha que sirven, además de barra, para atender a los clientes. Las imágenes de divas, el ambiente marino con conchas, estrellas de mar y muchísima purpurina le dan un aspecto maravilloso. Al fondo, puede verse la zona más abierta junto a una pequeña plataforma cuadrada para las actuaciones de travestis.

Me siento en la barra a esperar a Rafa. Decir que este, para haber sido travesti, tiene una

profesión muy poco marica. Es carnicero de lunes a viernes, pero por la noche es Paqui, la catalana amargada. Llegan puntuales como un reloj, Rafa y su marido, Jesús. Rafa es un muchacho grandote en todos los sentidos, alto y rollizo, con su pelo negro cortado casi al tres y vestido con una camiseta ancha en la que se puede leer: «Travesti en rehabilitación, quiéreme». Jesús, siempre detrás de Rafa y mucho más discreto con su camisa de leñador y pantalón tejero gastado, es delgado y calvo por completo. Como un torbellino, Rafa se abalanza sobre mí, casi haciéndome caer de la silla.

—¡Maricóóón! —Creo que lo escuchan desde Castelldefels, porque a mí me revienta los tímpanos de lo alto que grita.

—Hola, Rafa —puedo decir con una media sonrisa mientras soy arrollado y besuqueado hasta la saciedad—. Qué bueno verte, Jesús.

—Hola, Pablo —dice Jesús, que me sonrío ante la efusividad de su marido.

—Oh, mi amor, estás peor de lo que pensaba. —Rafa tiene ese sexto sentido, siempre sabe cuándo alguien está muy hecho mierda.

Les cuento —así, con todo lujo de detalles— lo que pasó el viernes pasado, ya que me tiene amargado y necesito contárselo a alguien que no sea la traidora de Montse.

La pareja me escucha con atención, y asienten o niegan según les relato, hasta que llego al final, y Rafa me interrumpe:

—¡Qué cerda, la niñata! ¡Mira que largarse sin decirte nada! No sé qué les enseñarán a estos jóvenes de hoy en día. En mis tiempos, uno tenía más educación. Lo que no te voy a perdonar es que te enfades con mi chochi, así que mañana la llamas y os lo perdonáis todo. No quiero discusiones. Punto.

Veo cómo Jesús rueda sus ojos. No puedo evitar reírme y abrazar a Rafa, casi llorando. Siempre es gratificante que alguien te entienda. Nunca habla demasiado, pero escucha y, a veces, cuando lo hace, es para sentenciar. Todo lo contrario a su marido, que es puro torbellino de cotorreo. No puedes rehabilitar a una travesti, es imposible.

—Hoy vamos contigo a Metro. —Rafa y yo miramos a Jesús con cara de Cinty—. No me miréis así, perras. Solo creo que Pablo no debe estar solo esta noche, y le buscaremos un hombre que le dé un mamporro, le coja del pelo y se lo lleve a su cueva.

—¡Oye, guapa, que yo no soy una chica! —suelto con fingida indignación.

—Pues deja de comportarte como una y de llorar por los rincones porque un chico se fue sin despedirse. Supéralo y ve a por otro. Lo de la semana pasada tendría que haberte abierto los ojos de una puñetera vez para darte cuenta de que eres atractivo y que hay hombres para ti. Así que, Dorothy, hoy recorreremos el camino de baldosas amarillas e iremos contigo a Oz —suelta Jesús de sopetón.

¿Qué os dije? Cada vez que abre la boca, sube el pan al menos diez céntimos.

Rafa pide tres Cosmopolitans. Es un cóctel que odio en demasía, pero nunca, en los diez años que conozco a Rafa, he podido decirle lo contrario. Aceptándolo con una sonrisa, me pongo a mirar la concurrencia del local. Parece una tontería, pero busco a Arnau. En algún lugar de mi mente, pienso que él está buscándome. Pero no está allí.

El sitio se está llenando, y me dispongo a seguir las historias de la pareja en el cuarto oscuro de Metro. Es curioso ver cómo una pareja tan bien avenida puede ser abierta y tener sexo con otras personas con libertad. Yo no voy a juzgar, pero no podría hacerlo jamás. Aunque para ellos, es de lo más natural del mundo y no les hace daño.

Estoy absorto en la conversación de los dos locos cuando unos ojos azules intensos se cruzan con mi mirada. Detrás de Rafa hay un chico solo, sentado en un taburete con la mirada triste. No

puedo evitarlo, algo me llama hacia él. Hago una señal a mis amigos con el dedo y le pido a Rafa que me cambie el sitio. Poniéndome a su lado, saco coraje y me dispongo a animarlo:

—Seguro que puedo contarte algo peor de lo que ha pasado y animarte.



El chico me mira y yo casi me derribo. Guapo no es exactamente una palabra que pueda describir lo que tengo delante. Belleza suprema lo define más profundamente. Su pálida piel contrasta con los cerúleos zafiros que tiene por ojos. Una belleza cuadrada, con mandíbula marcada y una ligera cantidad de vello en la cara que se camufla en la piel a causa de su blondito cabello todo de punta, marcado con unas pobladas cejas verticales. Su ajustadísima camiseta roja acentúa lo pálido de su piel. Una triste sonrisa fingida se delinea en sus labios y mira de nuevo a su bebida.

—¿Te ha dejado la novia porque no tenías sexo, debido a que realmente no eres hetero y además le escondes a tu mejor amigo que eres gay como él?

¡Vaya!, ahí me había jodido. No, no puedo superar eso, pero nadie me impide intentarlo:

—No, pero tengo una amiga adicta a ron con cola que hizo que perdiera la oportunidad con un tío. Y, como puedes ver —me señalo—, no suelo tener muchas oportunidades.

Lo que no me espero es su reacción cuando me señalo, y mucho menos, lo que me suelta:

—No veo nada malo en lo que veo. Quizás, un poco de falta de confianza y una pizca de mucho drama gay.

—¡Oye, que yo no he venido de mal rollo, tío! —le chillo bastante indignado.

—¿Ves? Drama gay. No he dicho nada malo, de verdad. Pero me gustaría que vieras lo mismo que yo y la mayoría de las personas. Eres un hombre de constitución fuerte y con mucho atractivo. Solo que tú no eres consciente de ello y lo adornas de drama que realmente no es necesario. Mi amigo hace lo mismo. Yo no suelo saber mucho de nada. Pero soy observador.

—Amén a eso, hermano —dice Rafa desde atrás con las manos en alto.

—¿Tú no estabas en tus cosas? —pregunto, alucinando.

—No te ofendas, de verdad, no era mi intención, sobre todo, cuando estabas intentando animarme. Por cierto, mi nombre es Sergio.

No sé si escupirle o abrazarle. Me ha soltado una verdad como un templo a la cara, y yo le he añadido más drama para indignarme falsamente, como medida de protección cuando alguien me dice algo que no quiero escuchar.

—Me llamo Pablo, y estos de aquí —señalo con dos dedos—, son Rafa y Jesús. Rafa es una travesti en rehabilitación, así que no te enzarces mucho con ella o te arañará.

Y ahí es cuando su sonrisa le ilumina la cara, inocente, deliciosa y sincera. Una expresión que vale la pena para atreverme a decirle algo:

—Y ahora es cuando estás más guapo.

—Hasta que abro la boca.

—Oh, cariño, de eso yo sé mucho. Soy bocazas profesional en rehabilitación. No te preocupes, a todo se acostumbra la gente —indica Rafa para hacerle sentir bien, y yo quiero

comérmelo a besos.

—¿Dónde vas después, Sergio? ¿Has quedado con alguien?

—La verdad es que había venido a emborracharme y luego irme a la sauna para desahogarme.

—Se tapa la boca con rapidez al verse comprometido por sus planes de la noche.

Rafa le mira de manera desaprobatoria. Después de la mirada de medusa, la segunda cosa peor que hay en el universo es la mirada de desaprobación de una travesti. Pueden ocurrir dos cosas: que te vayas a casa llorando porque algo mordaz, hiriente y malintencionado sale de su boca, o que te adopte porque le entra el modo mamá gallina y, desde entonces, será tu consejera para todo. Es como una mariliendre, pero con un bajado entre las piernas y dos bolas peludas, o no.

Para suerte de Sergio, la travesti hoy se siente buena. Se acerca al muchacho y le abraza con fuerza. Para sorpresa de todos, el chico se pone a llorar en los hombros de Rafa.

La escena es completamente bizarra en medio del local. Es cuando Jesús, en su gran omnisciencia, coge a la pareja de los hombros y se dirigen fuera los tres. Yo, como un zombi, los sigo, flipando.

—¿Podemos quedárnoslo? —indaga Rafa a Jesús, mirándole con ojos de perrito.

La risa de su marido le concreta lo que necesita.

—Sergio —dice Rafa—, vas a pasártelo bien esta noche. Íbamos a salir con Pablo de fiesta, pero creo que podemos añadir a alguien más. Jesús y yo somos pareja, y a veces desapareceremos, pero Pablo no se separará de ti.

La verdad es que, mientras los miro, le doy un repaso a Sergio, y si fuera una chica, estaría chorreando. Sergio es el típico chico que, si chasquea los dedos, podría tener una cola kilométrica para limpiarle gratis los bajos. Su metro noventa, con el añadido de que el muchacho va al gimnasio, le dan ese aspecto sexi a morir.

Las posibilidades de que un chico como él se fije en alguien como yo son pocas. Sí, ha dicho que tengo cierto atractivo. Pero vaya, que eso se lo digo yo a la fea de la discoteca para que no se sienta mal la muchacha.

—Gracias —susurra Sergio.

—A mí no me las des. Es Pablo quien se ha acercado a ti para animarte. Agradécele a él que te hayamos salvado de ir a la Casanova. ¿Tú sabes la de infecciones que puedes pillar allí? Si quieres ligar, vamos a Metro y seguro que alguien se te acercará.

—¡Yo no sé ligar con chicos! —exclama asustado el muchacho.

—Oh, cariño, no lo necesitas, vienes con todo el material necesario para que no tengas que hacer nada. Lo difícil será sacártelos de encima y que no te violen en medio de la discoteca.

Ver cómo le señala con los dedos de arriba abajo es digno de admirar, sobre todo, cuando el chico pone una cara de terror al imaginarse que lo violan en medio de la pista. Hay que decir que yo mismo sería una de las integrantes de la horda zombi marica que le arrancaría la ropa para violarlo, pero eso lo dejo para mi momento de fantasía privada. Para salvarle de las pesadillas que tendrá por las noches, decido interceder:

—No le hagas caso, Sergio. Rafa es muy gráfica y, como tú has dicho, está cargada de drama. Nadie va violarte, a menos que te dejes. Y, entonces, no será una violación, ¿no?

Y ahí está de nuevo esa sonrisa que me derribe el cerebro y me lo convierte en el de una adolescente seguidora de Justin Bieber. Os preguntaréis por qué estoy pensando en llevarme a Sergio a la cama y no en Arnau.

Permitidme hacer de nuevo un pequeño parón para dejaros algo claro.

Esto no es una novela romántica donde uno conoce a un hombre y es el de toda su vida. Los hombres somos hombres y nos comportamos como tal. Y a los hombres gay nos mueve una cosa

previa a los sentimientos, y esto, queridos amigos y amigas, es el sexo. Nos cuesta decir te quiero, y nos cuesta enamorarnos porque el sexo viene primero. Por supuesto, habrá hombres que primero busquen el amor y después el sexo. Siempre hay personas que hacen las cosas al revés. Con lo que un ligue de una noche no hace una pareja; un ligue de varias noches ya empieza a hacerte compatible. Pero el te quiero, el amor, llega mucho más tarde, y cuando la bruma del sexo puro se ha desvanecido.

Y de ahí viene la fama de promiscuos y poco fieles de los hombres gay, además del porqué las parejas gais a veces duran tan poco. Al menos, es como yo lo veo y como lo he vivido.

Cojo a Sergio de la mano con firmeza y le sonrío con una confianza renovada para salir de fiesta y divertirme juntos esa noche. Al menos, mi solitaria noche de caza se ha convertido en una fiesta de amigos que van a divertirse y pasarlo lo mejor que puedan.

Pero lo que más me sorprende es el roce de dedos que Sergio me da cuando su mano está firmemente agarrada a la mía. No puedo evitar delinear una placentera sonrisa.

—Espero que sepas disculparme. A veces no sé expresar mis sentimientos bien, o lo suelto todo de golpe sin pensarlo seriamente. Mi padre dice que no tengo inteligencia suficiente para retener la coherencia y que la escupo por la boca.

Ni os hacéis idea de lo que me está horrorizando lo que su padre le dice. ¿Qué clase de grandísimo hijo de puta le diría a su hijo de esa manera que es retrasado? Si Sergio no es sagaz, no lo hace retrasado, y mucho menos, falto de inteligencia. A mí me ha conquistado con su sinceridad y su franqueza al hacerme ver que mi suceso con Arnau no había sido nada y que le daba más importancia de la que tenía.

—Déjame hacerte prometer algo, cielo. —Me paro en seco porque quiero mirarle a los ojos, aunque es raro tener que mirar hacia arriba—. Cuando estés con nosotros, serás tú mismo. Lo que tu padre te dice son gilipolleces y, si me permites, es él quien tendría que mirarse a sí mismo cuando tiene que decirle a su hijo que es poco inteligente.

Lo que pasa a continuación es totalmente surrealista. Las manos de Sergio se posan con calidez a cada lado de mi cabeza, y me besa. Sí, amigos, un beso sensual, dulce y delicado. Abro ligeramente mi boca para dejar que su lengua me invada con suavidad, para poder rozarla con la mía. Me pongo de puntillas y lo abrazo fuertemente para sentirlo más cerca de mí. Él, al notar que le abrazo, intensifica su beso y baja sus manos a mi espalda. Un gemido de placer emerge de mis labios y, lentamente, se separa de mí.

—¡Bien, ya hemos resuelto el problema! —exclama Rafa, histriónico.

La risa de Jesús y los aplausos de Rafa me hacen volver a la realidad, para después ponerme completamente rojo como un tomate, aunque no soy el único.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto con curiosidad a Sergio.

—Porque es la segunda vez que intentas animarme sin esperar nada a cambio. Y pensé que, como me gustas, la manera de agradecértelo sería con un beso.

Vale, ¿y ahora qué hago yo? Me acaba de dejar sin palabras. Este maldito montón de músculos me ha callado de golpe y sin anestesia. Por un segundo, escucho en mi cabeza la voz de Montse: «¡Fóllatelo!».

Ya que no tengo palabras, decido hacer lo más adecuado en ese momento: le beso fugazmente en los labios y me giro de golpe hacia Rafa.

—¡Tú has planeado esto desde que entraste en el bar, perra! —le grito en medio de la calle sin ningún tipo de vergüenza.

—¿Yo, en serio? Ni que fuera un hada madrina.

—¡Eres una bruja malvada!

—Al menos, dime que soy tan mona como la Jolie —dice Rafa entre risas.

No puedo evitarlo y me pongo a reír con él. Salir con ellos es algo raro, pero, cuando lo hago, es siempre divertido y desenfadado. Lo que más me hace sentir bien son los brazos de Sergio rodeándome y apoyando su cabeza sobre mi hombro. Nos espera una noche buena y divertida, algo que alejará mi mal viernes de la semana pasada. Solo ha empezado y ya promete.

Me viene a la mente una canción de una travesti que me gusta: «Hoy me derrito como nieve, sin embargo, me levanto y aquí estoy».

Eso mismo, aquí estoy.



Nunca me he planteado cómo es mi vida. He tenido muchos altibajos a lo largo de los últimos diez años. Pero no puedo negar que Arnau ha sido el pilar más importante en ella. Llevo enamorado de él desde que tengo diez años, pero nunca he tenido el valor de salir del armario, ni para él ni para nadie.

Sé que suena egoísta, lo sé. Y, para colmo, salir con una chica durante cuatro años, esforzándome para tener sexo con ella, es bastante patético, todo sea dicho. He visto cómo Arnau sufría por su homosexualidad con su familia; su padre le zurraba, y su hermano no se quedaba atrás. Mi padre sería aún peor; militar retirado, no creo que soportara tener un hijo gay.

La semana pasada estaba derrotado. Mi relación con mi novia se había ido a la mierda y me veía perdido. Estaba en Sagrada Familia, sentado en el parque que hay al lado, cuando le envié un mensaje a Arnau para decirle qué me pasaba. Rápidamente me llamó. Estaba en Arena y dejó lo que estaba haciendo para venir a buscarme y estar conmigo.

—Ah, estás aquí —me dice Arnau con esa sonrisa que podía iluminar el mundo.

Yo estoy con las manos en mi cara, llorando en silencio porque mi gran coartada se ha ido al garete. Levanto la cabeza y miro a mi mejor amigo.

—Me ha enviado a la mierda, tal cual. Me ha dicho que su vida conmigo era una basura y que ahora pasaba el camión. Así que ha abierto la puerta de la portería y me ha dejado fuera.

—¡Qué hija de puta! —exclama Arnau muy sorprendido.

—Es igual. Ahora ya se terminó. Después de todo este tiempo, y todo se termina en un suspiro. Estoy hecho una mierda, nene. ¿Qué voy a hacer ahora?

Se acerca y se sienta a mi lado. Me coge de las manos y las besa con delicadeza, para después abrazarme y besarme en la cabeza con mucho cariño.

—¿Sabes que he salido corriendo de la discoteca, dejando a un tipo guapísimo esperándome? Y encima no tengo su teléfono ni nada.

—¡Hostia, no! ¿Quieres que vayamos para poder pedirselo?

«¿Qué haces, Sergio?».

—¡Na! Déjalo, a ver si tengo suerte y le encuentro otro finde. —Y de nuevo su sonrisa—. ¡Han echado de Arena a la Jordi!

—¿En serio? —finjo cierto interés solo por seguir escuchándole.

—Tendrías que haberle visto la cara. Estaba rabiosa, la hijaputa.

Y ahí está mi nene, hablando sin parar sobre lo que le ha pasado esa noche. No presto atención

a nada, ni nombres, ni sucesos ni nada que se le parezca. Solo le miro a la cara y me deleito con sus gestos.

Lo conozco desde que teníamos cinco años, hemos vivido juntos un sinfín de historias y desventuras. Éramos casi inseparables. Fue por él que me matriculé en el gimnasio donde él trabajaba, para compartir todo mi tiempo con él. Yo no pude ir a la universidad. Estudiar no era lo mío, pero dedicando horas en el gimnasio me ofrecieron ser entrenador del mismo. Así que, casi rodado.

Arnau y yo ahorrábamos dinero para largarnos de casa y poder irnos a vivir a Barcelona juntos. Era mi sueño hecho realidad. Yo tenía ya uno: cuando viviéramos juntos, le confesaría a Arnau mi homosexualidad y mi amor por él. Seríamos felices para siempre. O eso es lo que yo me contaba a mí mismo.

Pero la vida, la realidad, es mucho más cruda y distinta. Arnau se sacó un novio con dieciocho años y se separó un poco de mí. Como imaginaréis, yo me coloqué en un discreto segundo plano. Por encima de mi fantasía, de mi amor y de mi felicidad, estaba la de Arnau.

Pensaréis que era tonto por hacer algo así y quizá tengáis toda la razón, pero como pregona mi padre, no soy precisamente un cerebritito. Nunca he sido demasiado espabilado, aunque no soy retrasado, como suele gritarme el cabrón de mi padre. Pero, a veces, me cuesta coger las cosas.

Hasta hace bien poco, Arnau, después de su ruptura, volvió a acercarse a mí, aunque ya no era lo mismo. Mi amor por él se había escondido tras un caparazón para no volver a ser dañado, y me limité a ser su amigo.

—Es una pena haberme ido así sin avisar. Me han caído superbien, espero poder encontrármelos mañana o la semana que viene y así presentártelos. ¡Quizás ella te guste y se monten dos parejas! —para de hablar de golpe y me mira a los ojos—. Jo, mierda, lo siento Sergio, tú estás hecho una puta mierda, y yo aquí con verborrea de mi noche. ¿Cómo estás?

Le miro, y ya he perdido la batalla de nuevo.

Y aquí me tenéis, un viernes noche cualquiera dispuesto a tener sexo anónimo en una sauna. Aunque primero iría a algún sitio a beber hasta perder la vergüenza y dignidad. No es algo de lo que me enorgullezca, pero no puedo permitirme otro tipo de sexo anónimo. Arnau no puede acompañarme de fiesta este fin de semana, y por eso he variado mis planes.

Algún día, le partiré las piernas a su hermano. Este, en un ataque de rabia, le metió un puñetazo en la cara y se la dejó marcada. Quise denunciarlo a la policía, pero no me dejó. Decía que, en algún momento, él podría arreglarlo, y que me esperara.

Así que aquí estoy yo, decidiendo dónde voy a ir a beber. Mis opciones son el BBB o El Cangrejo. Pero el BBB ya está muy lleno, así que me voy a El Cangrejo a tomarme un par de copas. Este se llena un poco más tarde, lo que va muy bien para mí para ver a poca gente y beber sentado.

Ya se ha llenado un poco, pero tengo suerte, ya que aún hay un taburete libre. Me siento al lado de un chico muy llamativo con una camiseta rara que pone: «Travesti en rehabilitación, quíereme». Eso hace que sonría mientras le pido una cerveza al camarero. El trío que hay a mi lado es bastante ruidoso, pero al menos, son divertidos.

Siempre he añorado que en algún momento Arnau y yo tendríamos unos amigos así y que seríamos libres de expresar lo que somos y queremos en la vida. Me miro en el espejo de la barra y ahí estoy yo, un chico triste con una cerveza en la mano.

—Seguro que puedo contarte algo peor de lo que ha pasado, y animarte.



Hay veces que las mentiras no llevan a ningún lugar. Y esta noche, es una de esas en las que la mentira flota en el aire, pero nadie logra ver la verdad. Pero no voy a clasificar esta noche como mala; todo lo contrario, es una de las mejores de mi vida. Solo que, mirándola con retrospectiva, fue una noche de mentiras.

Rafa habla con Jesús sobre sus negocios. Yo no dejo de mirar a Sergio mientras vamos en dirección a la calle Muntaner para bajarla hasta la discoteca. El muchacho tiene, y no puedo negársele, su atractivo. Todo él rezuma sexualidad a raudales, y yo estoy tan cachondo que me iría a la sauna con él solo para que me violara salvajemente en la zona húmeda. Pero voy a tomarme las cosas con bastante más calma con Sergio. Lo de la semana pasada con Arnau fue algo demasiado rápido, como una ráfaga láser pasando y calentándolo todo a su paso. Esta vez quiero tener la sensatez de disfrutar poco a poco de la noche.

—¿Pablo? —pregunta Sergio, mirándome—. Gracias por dejarme acompañaros de fiesta.

—A mí no me mires —contesto con sinceridad—. Esto es cosa de Rafa y Jesús.

—¡Os escuchamos desde aquí! —gritó Rafa, delante de nosotros.

Sergio y yo nos reímos. Aprovecha la oportunidad para cogerme de la cintura y acercarme a él. No opongo resistencia a ese acto, es más, me caliento por dentro.

—¿Quieres que te dé mi teléfono? —pregunta, sorprendiéndome—. Solo por si me da por fugarme sin avisar y así puedas llamarme para insultarme.

Le miro fijamente y le sonrío.

—Solo por eso, ya te mereces que no te insulte.

Y, sin pensarlo, añado su teléfono a mis contactos y le envío un mensaje al WhatsApp para confirmarle que lo tengo en mi lista. Es paradójico cómo esta cita ha empezado de manera muy distinta a como lo hizo con Arnau. Con Sergio me siento seguro, confortable y excitado, mientras que con Arnau me sentía joven, sexual y protector.

Paramos en un 24/7 para comprar algo de comer, ya que a Rafa le ha dado, según sus propias palabras, «síndrome de travestencia» y necesita compensarlo con comida. Luego mira con adoración a su marido.

—Hay agujeros mi vida que tú no puedes llenar...

La cara de estupefacción de Jesús es un poema, pero lo que llena al grupo de vida es la risa de Sergio. Ruidosa y agradablemente sonora, no sin cierta sinceridad en su tono. Algo raro, teniendo en cuenta la falsedad que hay en el ambiente. Los tres nos quedamos mirándolo, disfrutando del refrescante sonido, cuando se para de golpe y se pone rojo como un tomate de manera adorable.

—Perdonad, es que soy muy ruidoso cuando me río.

—¿Y por qué coño tienes que pedir perdón? —pregunta Rafa indignada.

—No pasa nada..., solo soy demasiado ruidoso.

Se me cae el alma a los pies. ¿En serio este chico posee la moral tan destrozada? ¿Qué clase de familia tiene que le hace sentir inferior? Entiendo ahora por qué no quiere salir del armario. Y su amigo, ¿por qué no le ayuda a salir si es abiertamente gay? Me gustaría pensar que su él le apoyará cuando se entere.

Sergio me agarra de la cintura, y no puedo evitar suspirar. Su agarre es fuerte y posesivo. Y yo me siento como si un torrente de hormonas sexuales me cayera encima, como si fuera Jeniffer Beals en *Flashdance*. No puedo evitar que mis pantalones se sientan estrechos en este momento. Me siento completamente absorbido por este chico, tanto que no podía evitar pensar si me habrá metido algo en la bebida.

Llegamos a la entrada de la discoteca. Metro tiene una entrada que a simple vista da un poco de reserva. Desde que tengo memoria, no creo que hayan cambiado el cartel de neón de la entrada. Pagamos la entrada y nos dan el tique para la consumición. Cuando entramos, todo estaba muy iluminado en la zona del guardarropa, pero, como no llevamos nada de abrigo, nos vamos hacia la escalera para bajar a la zona de la disco.

Metro está dividida en dos zonas diferenciadas. Cuando bajas por la escalera, te encuentras con seis columnas y un pasillo que te lleva a la barra central. A su derecha está el acceso a la zona de baile *house*, los baños, el cuarto oscuro y la zona de billar. A la izquierda, hay otra pequeña barra y el acceso a la zona de la música petarda. Por supuesto, nosotros íbamos directo hacia esa misma pista. «Petardas a morir», puedo oír a Montse gritar en algún lado de mi cabeza.

Sin soltarse de mi cintura, Sergio me respira en el cuello, dándome ligeros besos debajo de la oreja que erizan de placer los pelillos de mi nuca. Echo ligeramente la cabeza hacia atrás mientras aparto a los bailarines profesionales que se han colocado en medio de la pista, para ir a buscar nuestras bebidas a la barra que hay en la zona petarda.

Metro no es la discoteca perfecta. Quizá, desde la remodelación que hicieron años atrás, la cosa ha mejorado sustancialmente y todo parece más limpio. Pero sigue teniendo la lacra más grande de todas en la sala del DJ. Sí, amigos míos, Metro posee la dudosa reputación de tener al peor DJ del universo. Nosotros suponemos que es porque es amante del dueño o porque la mama muy bien. Pero sus desastres cambiando de canción, sus silencios repentinos porque se ha equivocado de disco o sus mezclas imposibles cortarollos, le otorgan tal distinción.

Veo cómo Sergio se pide una bebida sin alcohol, y yo no puedo evitar pedirme un *bourbon* con cola con cierto sentimiento de culpabilidad, la cual es mitigada con rapidez por un beso en mi cuello.

—Que yo quiera beber alcohol no quiere decir que no tengas o puedas hacerlo tú.

En serio, ¿qué imbécil dice que Sergio es tonto o lento? Porque en lo que lleva de noche, creo que podemos vislumbrar perfectamente que es astuto y sagaz. Las pilla todas al vuelo. Y no olvidemos algunas de sus otras muchas cualidades: cariñoso, sobón, protector y atento. ¡Por favor! ¡Si es el novio perfecto! Le sonrío mientras mezclo mi refresco con el *bourbon*, deleitándome con su belleza de toques griegos.

Realmente, esto está siendo una noche muy especial. Sobre todo, porque no tengo que preocuparme más que de mí mismo, aunque mi nivel de control ahora mismo estaba bajando a niveles infrahumanos. Con una mano muy fría, rodea mi nuca y me atrae hacia él para darme un beso. Por un segundo, tengo la intención de hacerle la cobra porque va demasiado rápido, pero como ya os dije, mi cerebro está a niveles de una adolescente fan de Justin Bieber.

Esta vez, su boca sabe a refresco, ligeramente más fría que la mía. Su lengua me invade con rapidez. Hay ansia en sus movimientos, necesidad contenida, atrapada, y lucha por salir como el

agua retenida en una presa, con una falsa calma que luego se deja llevar por el atronador sonido de la turbina al expulsarla. Me separo para mirarle a los ojos.

—¿Qué quieres de mí, Sergio? —pregunto algo azorado.

—¿Puedo pedirlo todo?

Dejo escapar una risa mientras alguien me toca en la espalda un par de veces.

—Cielo, si vais a continuar así, mejor iros al cuarto oscuro. Pero si veis que vais a más, yo os dejo las llaves de casa y usáis la habitación de invitados.

Verle sonrojarse es tan delicioso que casi me dan ganas de seguir provocando esa vergüenza para verle continuamente de esa manera.

—Dame las llaves —digo sin pensarlo siquiera. Antes muerta que follar en un cuarto oscuro.

—Sabia elección —indica Rafa con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué tal si os acabáis las copas y luego os vais?

Es lo más lógico; mi cubata aún está lleno, y él no se ha terminado la bebida.

Nos miramos y volvemos a sonreír. Estoy alucinando, parecemos dos jovencitas adolescentes con las hormonas alteradas. Bueno, al menos yo ya no tengo edad para eso. No le he preguntado a Sergio su edad.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, quizás con algo de urgencia.

—¿Te he metido mi lengua hasta la campanilla y ahora te preguntas mi edad? —Su risa es contagiosa, porque tanto Rafa como Jesús se unen a mí en la risotada.

—Esto..., ¿sí?

—Tengo veinticuatro años. Ya puedes respirar tranquilo, soy mayor de edad, y puedes follar conmigo cuando y cuanto quieras.

Ok. Una pausa. ¿Os acordáis de que os conté que los hombres vamos por el sexo, que es lo primero y que todo se basa en eso? Pues aquí es donde uno se raja. Hace más de un año que no tengo sexo real con nadie, y el cibersexo no cuenta. Llamadme cobarde, pero que un tiarrón como este, de metro noventa, rubio, ojos azules y cuerpo de modelo de fitness, me diga a mí, don medianía, que puedo follar con él cuando y cuanto quiera, es, cuanto menos, surrealista.

—Esto..., ¿qué?

Oh, sí, aquí tenéis a Pablo, el elocuente. Dos palabras más y superaré a cualquier papagayo.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Por suerte, siempre es bueno tener a una amiga travesti bocazas que habla por ti, por su marido y por la mitad de la discoteca si hiciera falta.

—Cariño, si quieres, yo te cuento lo que pasa mientras ella se toma su brebaje infernal de *bourbon* y, así, yo te explico lo de las abejitas y las flores.

Miro, pidiendo misericordia a Rafa, pero esta ya ha tomado la decisión de darme un respiro. Cosa que agradezco muchísimo.

—¿Te gusta, eh?

—Jesús, es espectacular. ¿Qué hace conmigo?

Primer capón de la noche.

—¡Auch! Eso duele.

—Pues sigue así y follarás con un chichón en la coronilla. Eres un chico guapo, solo que eres el único que no lo ve. ¿Crees que Rafa estaba más delgado cuando lo conocí? Siempre ha sido así, y me gusta. El aspecto no siempre es lo más importante. Ayuda a elegir rápidamente, sí, pero en tu caso, han sido tus ganas de sacarle de su tristeza y su necesidad de no estar solo lo que ha hecho que toda la magia funcione sola.

—Vaya mierda, ahora todas las panaderías estarán mañana en huelga.

—¿Cómo?

Yo y mi bocaza; tierra, trágame.

—Que... gracias, Jesús, necesitaba escuchar algo así.

—No lo necesitas en realidad, cariño. —Jesús me pone un brazo sobre los hombros—. Tienes que empezar a pensar en ti mismo como alguien interesante. Fíjate, dos fines de semana y has ligado. Vale, el primero salió rana, pero eso ha hecho que tu confianza este finde fuera mucho más alta. Con lo que te has acercado a ese macizo —señala a Sergio—, le has sacado del lugar oscuro en el que estaba y has sido su dulce campanilla, iluminándole el camino.

Le miro con cara de póker. Acaba de llamarme campanilla, así, con todo el morro. Sí, pensaréis: «De todas las cosas bonitas que te ha dicho Jesús, solo te has quedado con que te ha llamado campanilla». A veces, soy un poco gilipollas. Pero tiene razón, para variar.

—¿Tú crees que la bruja de Rafa te dejaría ligar con un chico si fuera una trampa?

—¡Te he oído, zorra! —chilla Rafa.

Nos reímos, mirándonos con complicidad. Yo apuro mi bebida y le doy un beso en la mejilla y un abrazo de oso a Jesús.

—No sé qué haría sin vosotros.

—Morir de aburrimiento —suelta con su mejor sonrisa.

Sergio se acerca a mí y me vuelve a coger de la cintura. Su bebida está acabada y me enseña las llaves de la casa de Rafa. Sin pensármelo, me separo de él, abrazo a Rafa y le doy un beso en los labios con fuerza.

—¡Oye, puta, que me corres el maquillaje!

—Te recuerdo que estás en rehabilitación y que no se te permite maquillaje de ningún tipo hasta nuevo aviso.

—Te odio, zorra.

Me pongo a reír, volviendo a besarle, esta vez en la cara. Recibo de su parte un afectuoso abrazo y un consejo:

—Déjalo seco, cielo, y amárralo a tu corazón.

Me separo, riéndome, y cojo de la mano al hombretón y salimos de la discoteca.

No me paro a ver a nadie. Tengo el piloto automático para ir directos a casa de Rafa. Además, el beberme mi cubata tan rápido ha hecho que coja el punto con rapidez, y mis inhibiciones se están yendo a tomar por culo. Por suerte para nosotros, la pareja vive a tres manzanas de la discoteca. Al abrir la puerta del portal, Sergio me mete dentro de golpe y me estampa contra la pared para darme un beso cargado de sexualidad. Yo ya no sé cómo mantenerme en pie, mis piernas pasan a ser de gelatina pura.

—Si no paras, follaremos en el portal, Sergio, y yo necesito una cama.

Eso parece funcionar porque se separa de mí y, arrastrándome, va hacia el ascensor, el cual no es mucho mejor en lo que a continencia se refiere. Las manos van de un lado al otro, tocando todo lo humanamente posible con la ropa puesta, los labios chocan y rozan con fuerza y necesidad. Llega un momento en que no sé qué lengua está dentro de qué boca. Mi excitación es tal que pienso que voy a correrme en el mismo ascensor sin apenas llegar al octavo piso.

Pero por suerte para mí, el ascensor arriba a su destino y podemos salir de él. Abrimos con celeridad la puerta y, sin pensármelo, arrastro a Sergio a la habitación de invitados.

—¿Te apetece una ducha juntos antes?

—¡Sí!

No hace falta mucho más, nos quitamos la ropa como si nos provocara alergia con una rapidez inusitada, y ya estamos desnudos uno delante del otro. Mis ojos se abren como platos al verlo sin

ropa y en todo su esplendor. ¡Y qué polla, es enorme! Se me hace la boca agua nada más verla.

Me dejo arrastrar por Sergio hasta la ducha. Por suerte, es de esas en las que caben cinco personas dentro, con lo que estaremos más que cómodos para hacer todas las guarradas que tengo pensado hacer en ella.

No puedo evitarlo y, cuando nos metemos, mis manos van directas a su polla. Algo en mí me dice que me arrodele y me la meta toda en la boca. Y cuando me doy cuenta, estoy gozando de su hinchada y rosada punta justo tocando mis labios. Sergio abre el grifo de la ducha, y una suave lluvia cae sobre nosotros. Saco mi lengua y rozo el pequeño agujero para degustar su presemen, un ligero toque salado invade mis papilas gustativas y algo hace un giro en mi cerebro. Sin avisar, me meto todo ese mástil en la boca hasta que su rasurado pubis toca mi nariz. Siento las arcadas, pero las aparto a un lado; sentirme lleno, esa sensación es indescriptible. Con lentitud, voy sacando la polla de mi boca, paladeándola con suavidad y jugueteando con el tronco. La respiración de Sergio es ya dificultosa; su excitación es como la mía, aceleradamente entrecortada.

Sus manos se ponen a ambos lados de mi cara y empiezan a forzarla, haciendo el movimiento para follarme la boca. El sonido ahogado de un gemido sale por mis fosas nasales y, mirando hacia arriba, veo cómo me sonrío con placer. Es una escena tan sexi que casi me corro sin tocarme. Pero tengo intención de que él sea partícipe de mi corrida, así que decido darle la mejor mamada que le hayan hecho en la vida.

Lo empujo con suavidad hacia el pequeño asiento que hay en la ducha y le obligo a sentarse. Esa posición será más cómoda para los dos, y yo podré, además, jugar con él al completo. Cogándole las rodillas, le obligo a mantener las piernas abiertas y elevo sus pies sobre mis hombros. Así tendré toda su polla y el agujero de su culo a mi disposición para lo que quiera. Sigo chupándosela rítmicamente sin acelerar, solo para darle placer y para que esté tan dura que casi le duela.

Agarrándola con mucha fuerza con una mano, la saco de mi boca y le miro con cierta seducción.

—¿Puedo jugar con tu agujero también? —pregunto con cierto temor a que sea un activo total y tenga que cambiar el juego.

—¡Oh, joder, no! Por favor..., síí... Me correré como lo hagas. Estoy limpio... Oh, joder..., pero tengo condones... ¿Por qué tardas tanto?

Esa súplica y ese intento de tener el control me vuelve loco. Le introduzco dos dedos en su boca, que lame y chupa con fruición, mientras yo sigo mi juego de seguir metiéndome hasta el fondo su magnífica y enorme polla. En una de esas idas y venidas, sin avisarle, le entierro dos dedos en su culo, el cual, para mi sorpresa, lleva rato palpitando, deseando que le metan algo. Un «sí» desgarrado y entrecortado es exhalado de su boca, ofuscado al haberme metido de nuevo su polla en la mía hasta la garganta y la presión de mi otra mano sobre sus huevos. Es como un gran interruptor. En ese momento, un grandioso chorro de semen choca contra mi paladar. Escuchar cómo su orgasmo le llega y ver lo ruidosamente delicioso que es me pone aún más cachondo. Ahora es el momento justo de seguir con la segunda parte del plan: la cama.

Me levanto y, con una sonrisa, le beso. Sin miramientos, le paso toda su leche en el beso y él, disciplinadamente, se la bebe toda, con una mirada completamente embobada.

—¡Ha sido una pasada, joder!

—Pues ahora nos queda el segundo asalto..., o quizá, el segundo de cinco... —digo, agarrándole de la mano y dirigiéndonos a la habitación.

Lo arrastro hasta la cama y lo empujo suavemente sobre ella. Se tumba de espaldas y me mira

con una mezcla de deseo y admiración. No puedo evitar sentirme poderoso y completamente excitado.

—Voy a hacerte sentir cosas que nunca has sentido, Sergio —le susurro al oído mientras mis manos recorren su torso, deteniéndose en sus pezones para pellizcarlos suavemente.

Sergio gime y arquea la espalda, respondiendo a mis caricias. Desciendo con mis labios por su cuello, su pecho, su vientre, hasta llegar a su ingle. Su polla está de nuevo erecta y lista para más. La acaricio con mis dedos mientras mis labios juegan con la piel de sus muslos.

—Por favor, Pablo... —gime él, rogando por más.

Saco un condón de la mesita de noche y lo desenrollo sobre su miembro. Sergio me observa con ojos hambrientos y su respiración entrecortada. Subo de nuevo para mirarle a los ojos y beso sus labios con pasión antes de descender una vez más.

—Ahora te voy a montar como nunca antes lo han hecho —le susurro, y veo el brillo de la anticipación en sus ojos. Y sobre todo, sin saber que, en realidad era su primera vez con un hombre y estaba siendo apoteósico.

Me posiciono sobre él, guiando su polla hacia mi entrada. Cuando la punta está alineada, empiezo a bajar lentamente, disfrutando de la sensación de plenitud. Ambos gemimos al unísono cuando finalmente estoy completamente sentado sobre él.

—Oh, joder, Pablo... —gime Sergio, que me agarra de las caderas para controlar el ritmo.

Empiezo a moverme, subiendo y bajando con una cadencia lenta y provocadora. Mis manos recorren mi propio torso, pellizcando mis pezones y dejándome llevar por el placer. Sergio me sigue con la mirada, hipnotizado por mis movimientos.

—Eres tan... jodidamente... sexi... —gime entre dientes, acelerando el ritmo.

Cada embestida es más profunda que la anterior. La habitación se llena de nuestros gemidos y del sonido de nuestros cuerpos al chocar. Me inclino hacia adelante, apoyando mis manos en su pecho para tener más control. Muevo mis caderas en círculos, buscando ese punto perfecto que nos hará estallar a los dos.

Siento la tensión que se acumula en mi interior. Mi propia erección gotea presemén, indicándome que estoy cerca. Aumento la velocidad, dejándome llevar por la necesidad de llegar al clímax.

—Voy a... correrme... Sergio... —gimo, sintiendo que el orgasmo es inminente.

—¡Sí, córrete para mí, Pablo! —grita él, sus dedos clavándose en mis caderas.

Unos segundos después, me dejo llevar por el orgasmo. Mi cuerpo se estremece, y un chorro caliente de semen sale disparado, manchando el abdomen de Sergio. Mis gemidos se mezclan con los suyos cuando él también alcanza su clímax, llenando el condón dentro de mí.

Ambos quedamos jadeando, nuestras respiraciones entrelazadas. Me dejo caer sobre su pecho, disfrutando del calor de su cuerpo y del latido frenético de su corazón.

—Ha sido... increíble... —murmura Sergio, acariciándome el cabello.

—Lo ha sido —respondo, levantando la cabeza para mirarle a los ojos.

Sonríe y me besa con suavidad en los labios. Nos quedamos así, disfrutando del momento, sin palabras, solo el sonido de nuestras respiraciones y el latido de nuestros corazones.

Después de unos minutos, me deslizo fuera de él y me tumbo a su lado, abrazándolo. Sergio me envuelve con sus brazos y suspira contento.

—No quiero que esto sea solo una noche, Pablo.

—Ni yo —respondo y siento una calidez en mi pecho.



Me levanto resacoso, la cama de invitados de Rafa no es la mejor del mundo, y me despierto tieso perdido. Me giro y me doy cuenta de que estoy solo en la cama. En algún momento de la noche, Sergio se ha ido sin que yo me entere. Miro el teléfono y veo un mensaje de él.

He tenido que salir rápido porque hoy trabajo. No quería irme, pero hay que comer. Espero verte pronto, lo de esta noche ha sido un sueño hecho realidad. Gracias.

Le sonrío al teléfono y, justo en ese instante, recibo uno de Montse.

A ver, capullo, no puedes estar enfadado conmigo para siempre. Pero quizá he investigado un poco y he descubierto dónde trabaja Arnau. ¿Me perdonas ahora?

Tendríais que ver mi cara ahora mismo, un cuadro, entre aterrorizado y fascinado por el poder de investigación que tiene esta mujer, sobre todo, si quiere que le perdone. Le respondo rápido, porque no quiero que haga ninguna locura.

Ni se te ocurra presentarte allí... no quiero que tenga problemas por nuestra culpa.

Nada más darle a enviar, veo que está escribiendo su respuesta.

Ni se me ocurriría, oye, he descubierto una cafetería que hace unos pastelitos deliciosos. ¿Vamos, y te invito a uno de reconciliación?

Oh, aquí se descubre perfectamente por qué Montse me conoce a la perfección. Tengo un pequeño problema con el dulce, así que le respondo afirmativamente a su mensaje y quedo con ella en una hora. Me da tiempo a ir a casa, ducharme y vestirme adecuadamente para un desayuno rico en azúcares, grasas y amistad. Al salir de casa, me doy cuenta de que mi teléfono está al 30%, así que me llevo el cargador y espero que en la cafetería haya un enchufe.

El trayecto en metro es bastante bueno, puedo escuchar mi música preferida mientras miro a ningún lado. No quiero usar el teléfono para no gastarlo más de la cuenta. Los domingos por la mañana es un momento ideal para usar el transporte público, al menos, en Barcelona, ya que suele estar más tranquilo que nunca. El sol me da en la cara nada más salir de la estación y me paro a un lado un par de segundos, necesito reponer vitamina D. Miro de nuevo la dirección que me ha dado Montse de la cafetería y me dirijo allí. Es una zona bastante bonita de Les Corts, con un parque precioso entre edificios.

Puedo ver incluso a una pareja de chicos que se abrazan con alegría a la puerta de un gimnasio, para luego congelarme por completo al ver quiénes son esa pareja que tanto afecto se están dando. Arnau abraza a Sergio muy afectuosamente, bueno, escalándolo sería lo más apropiado, ya que sus piernas rodean la cintura del chico con el que hace nada más unas horas tuve el sexo más espectacular en mucho tiempo. En ese instante, quiero matar a Montse. ¡Me ha engañado con la argucia de la tarta! ¡Esa perra me ha traído al trabajo de Sergio! Y por lo que

parece, nada más y nada menos, que su pareja es el mismísimo Arnau. Mi cabeza empieza a darme vueltas e intento escabullirme para que no puedan verme. Algo tarde, porque el rostro de Arnau y de Sergio están fijos en mí en ese instante.

Ambos se miran, para luego mirarme a mí y dirigirse hacia donde estoy yo congelado. Me es imposible moverme, algo me impide salir corriendo. A veces, me pregunto si mi instinto de supervivencia es nulo o está estropeado de algún modo. Mientras se acercan, suena mi teléfono, es Montse. Lo cojo con rapidez solo para contestar algo.

—¡Voy a matarte! —le grito al teléfono con todas mis fuerzas, después de colgar con mucho dramatismo.

—¡Pablo! —chilló Arnau con su voz cantarina.

Yo quiero salir corriendo, la verdad es que no se me dan bien las situaciones conflictivas. ¡Que soy cáncer, por el amor de dios!

—No sé qué decir... —baluceo, mirando alternativamente a Arnau y a Sergio, tratando de encontrar las palabras correctas. Sergio se baja de Arnau, y ambos parecen tan confundidos como yo me siento.

—No tienes que decir nada —dice Sergio, su voz calmada, pero claramente tensa—. Supongo que esto parece muy raro.

Arnau, por otro lado, parece mucho más relajado y hasta sonríe al ver mi evidente incomodidad.

—Pablo, no te preocupes, entre nosotros todo está claro. —Arnau se acerca y me pone una mano en el hombro—. Sergio y yo somos buenos amigos desde hace años, y lo de hoy... bueno, fue solo un momento de alegría por algo personal que Sergio ha conseguido.

Sergio pone una cara rara, pero asiente y añade:

—Sí, eso, acabo de recibir una promoción en el trabajo, y Arnau ha sido un gran apoyo. No hay nada más que eso.

¿Suena a mentira? Me siento un poco aliviado, pero aun así, la situación es demasiado para procesar de golpe.

—Lo siento, chicos —me disculpo, intentando sonreír—. Creo que he sacado conclusiones precipitadas. Y luego Montse me hizo pensar que...

—¿Montse sabía de esto? —Arnau levanta una ceja, claramente sorprendido.

—No exactamente —digo rápidamente, queriendo corregir cualquier malentendido—. Ella solo me mencionó esta zona por los pastelitos y... bueno, aquí estoy.

Arnau suelta una pequeña risa y mira a Sergio.

—Creo que deberíamos aclarar un poco más las cosas entre nosotros tres. ¿Por qué no vamos a tomar algo juntos? —sugiere Arnau.

—Creo que sería lo mejor —agrega Sergio, mirándome con una sonrisa tranquilizadora.

Mientras caminamos hacia un café cercano, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Es otro mensaje de Montse, y no pude evitar sonreír al leerlo:

¿Sigues vivo? Espero que no te haya dado un infarto con la sorpresa. Y bueno, si quieres, aún estamos a tiempo para esos pastelitos.

Decido ignorar el mensaje por el momento, concentrándome en la conversación que tendremos. Me siento un poco más relajado, pero sé que debo ser más cuidadoso con mis suposiciones y, tal vez, con los amigos a quienes confíe demasiado mis emociones. Aunque con Montse, algo me dice que aún tengo que averiguar más sobre sus investigaciones.

Mientras nos sentamos y pedimos nuestras bebidas, me preparo para una charla que, espero, despejará todas las dudas y ayudará a establecer mejor los límites y las relaciones entre nosotros.

Después de todo, parece que va a ser una mañana interesante.



Una vez acomodados en la mesa del café, con bebidas humeantes frente a nosotros, la conversación se hace más fácil. Arnau y Sergio parecen genuinamente interesados en aclarar cualquier malentendido y en fortalecer nuestra amistad.

—Así que, ¿cómo van las cosas contigo, Pablo? Aparte de este pequeño malentendido, claro —pregunta Sergio, con una sonrisa que intenta suavizar la atmósfera.

Tomo un sorbo de mi café antes de responder.

—Ha sido un tiempo complicado, no os voy a mentir. Conoceros a ambos ha sido... interesante y, a veces, un poco abrumador —comienzo, sopesando cada palabra cuidadosamente. Mis ojos se desvían hacia Sergio, quien capta la mirada, quizá intuye que hay más debajo de la superficie.

Arnau parece notar la tensión momentánea, pero sonrío alentadoramente.

—Entiendo que las cosas pueden complicarse, especialmente cuando las emociones están involucradas. Lo importante es que podamos hablar sobre ello.

Sergio asiente y mira a Arnau con una mezcla de afecto y culpa que solo yo parezco percibir.

—Exacto, la comunicación es clave. Y, hablando de eso, creo que hay algo que necesito aclarar...

Me tenso, anticipando el rumbo de la conversación. La noche anterior con Sergio ha sido intensa y reveladora, y no estoy seguro de cómo reaccionará Arnau si descubre que entre nosotros ha pasado algo más que una simple amistad.

Sergio se detiene un momento, buscando las palabras correctas, luego continúa.

—Arnau, hay algo que necesitas saber. Pablo y yo... tenemos una conexión que quizá no esperábamos inicialmente.

Arnau frunce el ceño ligeramente para procesar la información.

—¿A qué te refieres con conexión?

Me parece mejor ser directo, aunque temo complicar las cosas aún más.

—Arnau, lo que quiero decir es que Sergio y yo... bueno, nos conocimos anoche y terminamos pasando la noche juntos.

La expresión de Arnau cambia de confusión a sorpresa, y luego a algo que no sé interpretar de inmediato. Mira de Sergio a mí, intentando dar sentido a las palabras.

—¿Anoche? —su voz es calmada, pero hay un evidente esfuerzo en mantenerla así—. ¿Noche juntos?

Sergio se aclara la garganta, visiblemente incómodo con la revelación.

—Sí, y realmente lamento no haber sido completamente honesto contigo antes de esto. Arnau, te he querido en secreto durante mucho tiempo. Siempre he tenido miedo de admitirlo, incluso a mí mismo, por eso he mantenido esta fachada de heterosexualidad.

—¿Eres bi? —le pregunta, aún más confuso. Arnau tiene su mirada oscilante entre la incredulidad y el entendimiento, mientras que Sergio continúa.

—No lo sé. Pero conocer a Pablo ha sido... confuso. No esperaba sentir algo tan fuerte tan rápido, y eso me ha hecho replantear muchas cosas sobre mí y sobre lo que quiero.

El silencio que sigue es pesado, cargado de emociones no expresadas y tensiones a punto de estallar. Arnau finalmente habla, su voz más firme de lo esperado.

—Aprecio que me digas esto, Sergio. Y gracias, Pablo, por tu sinceridad también. Esto es mucho que procesar, pero prefiero saberlo a seguir en la oscuridad.

Mira a Sergio con una mezcla de tristeza y comprensión.

—Necesito algo de tiempo para pensar en todo esto. No estoy enojado, solo... necesito entender qué significa todo esto para nosotros, para nuestra relación y para lo que cada uno de nosotros espera del futuro. Siento que me has engañado y mentido en cierto modo y no sé cómo procesarlo.

Sergio asiente, su expresión es de tristeza pero también de miedo por las posibles consecuencias de sus revelaciones. Yo siento un peso en el estómago, al saber que las cosas entre nosotros tres han cambiado de manera irreversible.

—Entiendo, y lo siento por ponerte en esta posición —dice Sergio, su mirada es triste y llena de remordimiento.

Mientras terminamos nuestras bebidas en un silencio reflexivo, es evidente que los próximos días, o incluso semanas, serán cruciales para definir el futuro de nuestras interacciones. Hay esperanza, sí, pero también un camino lleno de incertidumbre y posibles corazones rotos. Sin embargo, al menos ahora, la verdad está sobre la mesa.

Veo cómo Arnau se levanta de la silla, que raspa ligeramente contra el suelo de la cafetería.

—Creo que lo mejor será que nos demos algo de espacio entre nosotros por ahora. Necesito pensar un poco en todo esto y tomar una decisión de cómo quiero que sean las cosas de aquí en adelante.

Miro a Arnau entristecido, y luego asiento. Puedo ver cómo Sergio asiente con un aire de tristeza. Ambos comprendemos la necesidad de Arnau de lidiar con lo que sucede y lo que ha pasado en solo dos fines de semana. Con una mirada final a ambos, cargada de emociones, este se despide de nosotros con un leve gesto de la mano y sale de la cafetería, dejándonos a Sergio y a mí en un silencio incómodo que costará sacarnos de encima.

Después de mirarnos por unos momentos, Sergio es quien rompe el silencio.

—Siento haberte metido en todo esto, Pablo. Salir del armario, tener el primer, e increíble todo sea dicho, primer sexo gay y romperle el corazón a mi mejor amigo ha sido algo fuerte. No era mi intención complicarte la vida. Conocerte ha sido, cómo decirlo con palabras que no suenen cursis, maravilloso e increíble. No quería que las cosas se dieran de esta manera.

Miro a Sergio, tratando de leer su conflicto interno en su perfecto rostro. Es evidente la división de sentimientos que lo arrojan sin control. Sus sentimientos por Arnau, que son más antiguos, y una mezcla de amistad y amor oculto. Y lo que ha surgido entre nosotros en un fin de semana.

—No tienes que disculparte por nada, Sergio. Estas cosas a veces ocurren, y no es como si no estuviéramos acostumbrados a las salidas del armario. No es como si alguno de nosotros hubiera previsto que terminaríamos en esta situación así.

Sergio me mira y sonríe débilmente, puedo ver que está agradecido por mi comprensión.

—¿Y ahora qué? —pregunta, mirando hacia la ventana por donde Arnau ya ha desaparecido.

—Ahora, creo que ambos debemos darle espacio y tiempo a Arnau. Tiene que pensar en qué

comporta todo esto para él. Y nosotros... creo que deberíamos tomar algo de tiempo para entender lo que sentimos y lo que esto —digo, señalándonos a ambos con los dedos—, significa para cada uno de nosotros.

Veo cómo el rostro de Sergio se alivia. Asiente con la cabeza, y puedo darme cuenta de que se relaja al saber que no vamos a definir de inmediato lo que sentimos el uno por el otro.

—Tienes razón. Va a ser bueno para ambos no apresurar nada, y simplemente ver cómo se desarrollan las cosas con algo de tiempo y espacio.

Alargo mi mano para que la tome y me la coge, acariciándola con los dedos. Nos quedamos en silencio durante unos minutos más, cada uno sumido en sus pensamientos, pero mirándonos y acariciándonos las manos.

Finalmente, decidimos dejar la cafetería. Al salir, Sergio me agarra del brazo y se acerca a darme un beso en la mejilla.

—Gracias por ser tan comprensivo y por esta pequeña charla. Realmente, necesitaba esto.

—No hay de qué, Sergio. Y gracias a ti también. Esto no es fácil para ninguno de nosotros, pero me alegra que podamos hablarlo abiertamente y que no quieras dejar de intentarlo.

—Ahora que lo tengo, no quiero dejarlo. Pero por el momento, debo volver al trabajo. Te envío un mensaje cuando acabe.

—Lo estaré esperando —dije, besándolo en los labios fugazmente.

Nos despedimos en la calle, y mientras cada uno se dirige en direcciones opuestas, siento una mezcla de alivio y ansiedad. La conversación ha sido difícil, pero necesaria. Solo hay que intentar ver qué pasa con Arnau y mi problema principal.

También siento una conexión por ese chico, tan intensa como la de Sergio, y esto se me va a complicar más de la cuenta.



Cuando llego a casa, me dejo caer exhausto en el sofá e intento ordenar el torbellino de emociones que he sentido durante el día de hoy. Necesito descansar y poner las cosas en orden. No ha transcurrido ni una hora cuando escucho un ruido en la cerradura. Sorprendido, me levanto asustado, pensando que quieren robarme, aunque me enfado y me levanto de un salto al ver que es Montse la que aparece por la puerta con una mirada de preocupación y una caja con lo que imagino que es un trozo de tarta, pero también una disculpa.

—Pablo, sé que probablemente estés muy enfadado conmigo, pero... —empieza Montse, que cierra la puerta con cuidado detrás de ella.

—¿Molesto? ¡Me cago en todo lo que se menea, Montse! Me llevaste directamente al ojo del huracán hoy. ¿Qué coño pensabas que pasaría? —Mi tono, más agudo de lo habitual, refleja a la perfección la frustración claramente visible en mi expresión.

Montse suspira y se acerca, sentándose a una prudente distancia en el otro extremo del sofá y dejando la cajita encima de la mesita auxiliar de la sala de estar.

—Lo sé, y no sabes cuánto lo siento. Realmente creía que te hacía un favor y que te ayudaría de alguna manera. Reconozco que me equivoqué, y lo lamento de corazón, cariño.

Respiro hondo, necesito calmar mi frustración porque no me va a llevar a ningún lado. A pesar de todo, sé que Montse solo intentaba ayudar, aunque de un modo un tanto invasivo.

—Está bien —digo, agarro la caja de los pasteles y me relamo por dentro—, pero por favor, nada de sorpresas furtivas y a traición. De verdad, Montse, podría haber sido un absoluto desastre.

—Palabra de mariliendre suprema, Pablo. No más sorpresas.

Montse asiente, claramente aliviada de que mi enojo comenzara a disiparse mientras abro la caja.

—Esto —señalo a la caja y a los dos trozos de tarta que hay dentro—, no cambia nada, pero gracias —digo, permitiendo que un silencio incómodo se asiente entre nosotros mientras le meto un bocado al trozo de tarta Sara que está deliciosa—. Es solo que... es muy complicado, Montse. Me siento igual de perdido que antes, incluso peor, diría yo.

—Hablemos de ello, entonces.

Mi amiga se acomoda en el sofá y saca dos cucharas de plástico para comer tarta conmigo.

—Cuéntame qué sientes realmente por ambos. Arnau parecía ser mil por mil compatible contigo, y ese tal Sergio... ¡Menudo bombonazo!

—Eso no ayuda, Montse. ¡Y no voy a compartir mis tartas! —le marco y apartó la caja del trozo que queda.

—¿Pero si las he traído yo? —responde, confusa, mi mejor amiga.

—Ya, pero son de reconciliación, y necesito las dos para endulzarme.

—No te puedo... de verdad que no te puedo. —Se ríe y, con un movimiento digno de una superheroína, logra arrebatarme un trozo de pastel—. Cuéntame entonces, ¿qué sientes realmente por los chicos? A veces, hablarlo ayuda a ver las cosas más claras.

Me tomo un momento para recoger mis pensamientos, estoy confuso como el infierno, pero necesito sacármelo de dentro y empiezo a desahogarme.

—Con Sergio, todo fue muy intenso, rápido y excitante. Hay una conexión, algo que no puedo negar. Lo vi tan triste y abrumado por lo que pasaba que me hizo conectar con su necesidad y ligarla a la mía, no puedo negarlo. Pero Arnau... con él siento algo diferente, es profundo, quizás más que con Sergio porque es más el tipo de chico que me gusta. No sé, Montse, es complicado sentirse así de dividido, atraído de maneras distintas por dos personas que son tan diferentes la una de la otra.

Montse asiente, mientras me escucha con atención.

—Menudo dilema, Pablo. Pero es bueno que pienses en estas cosas, quieras o no, debes identificar tus sentimientos, y ese es el primer paso para resolver cualquier conflicto emocional que uno tenga.

Puedo sentir cómo el enojo inicial que me invadió se disuelve por completo, dejando espacio al amor que siento por mi mejor amiga por permitirme tener una conversación sincera, y a la vez, muy necesaria para mi cabeza. Montse siempre dispuesta a escuchar, siento que puedo empezar a desenredar la maraña de emociones, y quién sabe, encontrar la dirección a seguir en este caso tan complejo.

Mientras Montse me escucha con atención, encuentro un poco de claridad en mi propio laberinto de pensamientos.

—Creo que, por ahora, quiero intentar ver dónde pueden llevar las cosas con Sergio. No puedo negar que hay algo intenso entre nosotros, y me gustaría explorarlo más a fondo.

—¿Cuánto de fondo estamos hablando?

—¡Montse!

Con esa pequeña broma, siento cómo mi pecho se alivia un poco al verbalizar mi decisión.

—Por favor, que ese chico es un pecado en la tierra. Pero he de decir que me parece una idea estupenda, Pablo —Montse asiente con una sonrisa de apoyo—. Pero ¿y Arnau? ¿Cómo piensas manejar esa situación?

Suspiro, un poco inseguro.

—Con Arnau, creo que lo mejor será hablar con él cuando esté preparado para hacerlo. Su mejor amigo ha salido del armario, le ha confesado que estaba enamorado de él platónicamente y siente algo por mí, el cual siente algo por su mejor amigo. No voy a forzar nada, sobre todo, porque no sé cuánto sabe de todo y qué siente realmente después de... bueno, de ver la conexión que tengo con Sergio.

—Eso suena hasta sensato. Creo que ser honesto será tu mejor aliado en todo esto, Pablo.

Siento el golpecillo en la rodilla que me da Montse, que trata de aligerar el ambiente y hacerme sentir reconfortado.

La conversación continúa por un rato, gira en torno a cómo manejar las relaciones de manera honesta y madura, cuando de repente mi teléfono vibra sobre la mesa del salón. Miro la pantalla y mi corazón da un vuelco. Es un mensaje de Arnau:

Tenemos que hablar.

—Oh, Dios... es Arnau —digo, mostrándole el mensaje a Montse.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta ella, que me mira con una mezcla de preocupación y

curiosidad.

Tomo una respiración profunda, siento cómo la ansiedad me invade y la anticipación burbujea en mi interior con fuerza.

—Voy a responderle. Es justo lo que quiere, ¿no? Necesitamos hablar, lo que no pensaba es que fuera tan pronto. Y parece que él está dispuesto para eso ahora.

—Buena suerte, cariño. Sea lo que sea, vas a manejar las cosas lo mejor que sabes y puedes. Y yo estoy aquí si necesitas desahogarte o volver a pensar en voz alta.

Me ofrece una sonrisa reconfortante mientras me pasa el teléfono.

Le agradezco la sonrisa, sintiéndome un poco más fortalecido por su apoyo y cariño. Abro la aplicación de mensajería y comienzo a escribir una respuesta a Arnau. Mi mente gira con lo que esta conversación puede traer y conllevar.

Ven a casa, podemos hablar con tranquilidad, te envío la dirección.



Montse se despide con un abrazo reconfortante y una promesa de estar siempre ahí para mí. Miro hacia la puerta cerrada con un nudo en la garganta, agradecido por su amistad y apoyo, pero también nervioso por lo que está por venir.

Con un suspiro, me dirijo hacia la ventana, observando el ir y venir de la vida en la calle. No pasan ni cinco minutos cuando mi teléfono suena, y veo que es un mensaje de Arnau. ¿Puedo pasar?

Leo el texto y pienso que debe estar aterrorizado. Respiro profundamente, mientras trato de calmar los nervios que me embargan, y respondo afirmativamente.

Cuando Arnau llega, abro la puerta y me fijo en él. Está guapísimo, con un crop top de color lila y unos pantalones tejanos ceñidos que le hacen que mi mente babee por su culo. Le invito a pasar y le dirijo hacia la sala de estar, nos sentamos en el sofá, un espacio que, de repente, parece demasiado pequeño para contener la tensión entre nosotros.

—¿Qué pasa, Arnau? —voy al grano y pregunto, trato de mantener mi voz firme a pesar del nerviosismo que siento.

Arnau suspira, me mira con una expresión que no sé si es de confusión o de dolor, o incluso de ambas a la vez.

—Pablo, no sé ni por dónde puedo empezar. No me esperaba algo así, nada de lo que nos hemos dicho hoy estaba en mi cabeza, todo es confuso y me siento abrumado. —Sus palabras son un susurro cargado de emociones.

Asiento en silencio, espero a que continúe.

—Sergio... él es mi mejor amigo, Pablo. Nunca imaginé que pudiera sentir algo más que una amistad por mí. Para mí siempre ha sido ese amigo hetero que te acepta sin condiciones y te apoya de modo incondicional. Y luego... sale del armario a lo bruto, diciéndome que se ha liado con el chico guapo del que tuve que salir corriendo porque él había cortado con su novia. Se me ha desmoronado todo, no sé qué sentir, ni que pensar. Me siento traicionado, confuso y cansado...

Mi corazón se hunde en mi pecho al escuchar el dolor en la voz de Arnau. Me encantaría poder explicarle, decirle que esto no cambia nada entre nosotros, pero no sé ni por dónde empezar.

—Arnau, lo siento. Yo... tampoco esperaba que las cosas dieran una triple voltereta de tirabuzón. Sé que es complicado, pero me gustaría hablar, lo necesitamos. Hemos de poner en claro qué significa todo esto para nosotros.

Puedo escucharme la voz temblar ligeramente, pero tengo que mantener la calma, por el bien de ambos.

—No puedo evitar sentir algo por ti, Pablo. Desde que te vi en el Belladona, mirándome como

un hombre, y no como una marica plumífera como la mayoría, me dejaste sin aliento. Me vuelves loco, me siento muy atraído por ti y me dolió no poder demostrártelo esa noche. Y ahora, con Sergio en la ecuación, me siento atrapado en un triángulo del que no tengo ni la más remota idea de cómo salir.

Me mira directamente, y sus ojos se encuentran con los míos llenos de angustia, confusión y deseo. Me siento abrumado por la sinceridad de sus palabras. Desde que estuvimos en la Vip, supe que había algo especial entre nosotros, lo que nunca imaginé es que llegaríamos a este extraño punto.

—Arnau, voy a ser sincero contigo. Yo también siento cosas por ti, las sentí en la pista, cuando me susurraste al oído y cuando me abrazaste sin pensártelo.—Puedo ver que su boca se abre para responderme, pero yo hablo antes para silenciarlo—. Pero no sé qué hacer con todo esto. Lo único que sé es que necesitamos ser honestos el uno con el otro y averiguar cómo seguir adelante con toda esta situación. —Mi voz es apenas un susurro, pero sé que Arnau escucha cada palabra—. No voy a engañarte, también quiero ver qué pasa con Sergio, eso lo hace más complicado. No sé si entiendes por dónde voy.

Nos quedamos en silencio por un momento, dejamos que nuestras emociones se asienten, le miro directo a los ojos y sonrío con timidez. Arnau me devuelve la mirada, su rostro refleja una mezcla de sorpresa y alivio. Puedo sentir la tensión entre nosotros, pero también una chispa de esperanza que no puedo ignorar.

—Pablo... —comienza Arnau, su voz un susurro apenas audible en la habitación cargada de emociones—. No sé qué nos deparará el futuro, pero sé que quiero averiguarlo contigo. Aceptaré lo que sea que decidas, siempre y cuando estemos juntos en esto.

Su confesión me deja sin aliento, pero también me llena de una determinación renovada. No sé qué depara el futuro, pero sé qué quiero. Sé que puedo enfrentarlo junto a Arnau y Sergio, sin importar los desafíos que se interpongan en nuestro camino.

—Gracias, Arnau. —Mis palabras son sinceras, cargadas de gratitud y emoción—. Juntos encontraremos la manera de hacerle frente a todo esto.

Nos quedamos en silencio por un momento, dejando que la tranquilidad del momento nos envuelva. Por primera vez desde que todo comenzó, siento una sensación de paz y esperanza, como si finalmente estuviéramos en el camino hacia la claridad y la resolución.

Entrelazo mis dedos con los de Arnau, una conexión silenciosa pero poderosa que habla más que mil palabras. No sé qué nos depara el futuro, pero sé que juntos podemos enfrentarlo todo. Y con eso en mente, me siento listo para lo que sea que venga a continuación.



El sol se filtra centelleante entre las cortinas entreabiertas. Hace que sus cálidos rayos reboten contra mis brazos mientras estoy tumbado en el sofá, y bañe mi sala de estar con una suave y reconfortante luz. Estoy tirado en el sofá, juego con el teléfono, mientras hablo con Montse de tonterías y contemplo la idea de hacer la llamada que sé que debo hacer. Después de un largo suspiro, me decido y marco el número de Sergio.

El sonido típico de llamada resuena en mis oídos, y provoca que mi nerviosismo aumente por segundos a medida que espero que conteste. Finalmente, y después de otro corto espacio de tiempo que me parece una eternidad, escucho su voz al otro lado de la línea.

—¿Hola? —responde Sergio con su varonil y sensual voz.

—¡Hola, Sergio! Soy yo, Pablo —respondo, que trato de sonar calmado a pesar de la ansiedad que me invade.

—Lo sé, Pablo, sales en el identificador de llamadas. ¿Qué tal estás? ¿Va todo bien?

—En realidad, necesitaba hablar contigo sobre lo que sucedió ayer —digo con franqueza, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Hay un breve silencio antes de que Sergio responda.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

Lo noto muy serio y eso me preocupa. ¿Se lo estará replanteando todo?

—Arnau y yo tuvimos una conversación interesante y necesaria después de lo que sucedió ayer. Creo que es importante que hablemos los tres juntos para aclarar las cosas y asegurarnos de que estemos en la misma página —explico, esperando que Sergio comprenda la gravedad de la situación.

—Estoy de acuerdo. Pero he de reconocer que esto me da un poco de miedo, no quiero perder a mi amigo. Pero siento que necesitamos hablar sobre esto. ¿Cuándo quieres que vaya?

—¿Qué te parece esta tarde sobre las siete? Digamos, en un par de horas —sugiero, que deseo abordar el asunto lo antes posible para aliviar la tensión que siento.

—Está bien. Nos vemos entonces —dice Sergio antes de despedirse y colgar.

Respiro hondo, siento un peso que se levanta de mis hombros ahora que he tomado la iniciativa de abordar la situación. Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina para preparar algo de té, esperando que me ayude a calmar mis nervios antes de la esperada reunión.

Alzo el teléfono de nuevo y llamo a Arnau. Se descuelga al primer tono, como si estuviera esperando la llamada junto al aparato.

—Dime, Pablo —responde raudo.

—Hola, precioso. He hablado con Sergio —se hace un silencio—. Le he contado que hemos hablado y que debemos reunirnos hoy los tres para dejar las cosas claras. He quedado a las siete de la tarde, ¿te viene bien?

—Sí, salgo del trabajo y ahí estaré.

Unas cuantas horas después, la puerta suena, anunciando la llegada de alguien. La abro y lo primero que me encuentro es la sonrisa tensa pero amigable de Sergio.

—Hola, Sergio. Gracias por venir.

Él asiente con un gesto de la cabeza, su expresión es seria y concentrada.

—Hola, Pablo. ¿Dónde está Arnau? —pregunta al mirar el salón y no ver a nadie.

—Está por llegar. Creo que nos va a tocar esperar a que esté aquí antes de empezar —sugiero, lo guio hacia el sofá donde podemos sentarnos y relajarnos mientras esperamos.

Nos sentamos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos mientras esperamos a Arnau. El tiempo parece pasar lentamente, cada segundo lleno de expectativa y nerviosismo. Finalmente, después de lo que parece una eternidad, la puerta suena y cuando abro, hago un gesto para que entre Arnau.

—Pablo, Sergio —nos saluda Arnau, su tono de voz un tanto reservado mientras se sienta frente a nosotros.

—Arnau, gracias por venir —digo, trato de romper el hielo y establecer un ambiente relajado y cómodo para todos.

Sergio asiente en señal de acuerdo y mira con ojos de cordero degollado a su mejor amigo.

—Es importante hablar de lo de ayer. Tengo mucho que aclarar contigo, Arnau, pero no quería dejar a Pablo de lado.

Arnau asiente lentamente, su mirada se alterna entre nosotros dos y se le ve nervioso.

—Entiendo. Supongo que deberíamos dejar claras las cosas, yo siento cosas, no todas son buenas, pero quiero ponerlas en perspectiva.

Asiento, agradecido de que esté dispuesto a abordar el tema de una manera más directa.

—Sí, creo que eso es lo más sensato ahora mismo. Sergio, ¿te importa si empiezo yo?

Él niega con la cabeza, invitándome a continuar.

—Lo que pasó ayer fue... inesperado. Montse ya se llevó la reprimenda, y yo gané dos trozos de tarta... —«Y ahí está Pablo de nuevo, que divaga y no llega al punto que hay que llegar... ¡Céntrate, Pablo!»—. Perdón, que me desví. Ayer cuando hablé con Arnau por la tarde, me di cuenta de que hay un montón de sentimientos mezclados aquí, y que por una vez, vosotros dos debéis ser honestos el uno con el otro sobre qué sentís, tanto entre vosotros como para conmigo —explico, e intento que mi voz suene más firme a medida que gano confianza.

Sergio nos mira a ambos, tiene la expresión muy seria, pero también se la nota receptiva.

—Estoy de acuerdo. Creo que debo sincerarme contigo, Arnau.

«¡Y ahora viene la bomba! Le va a confesar por fin que está enamorado de él y me van a enviar los dos a la porra».

Arnau aprueba con su mirada, está fija en mí con una intensidad que me hace sentir ligeramente incómodo.

—Pablo, quiero que sepas que lo que hablamos ayer y lo que siento por ti no cambia un ápice. Todavía siento algo muy guay por ti, y estoy dispuesto a explorar lo que eso signifique para nosotros —suelta así, a bocajarro, señalándonos a Sergio y a mí.

Abro los ojos de par en par y lo encuentro mirándome directamente. Puedo leer su honestidad y la vulnerabilidad con la que lo hace.

—Jo, yo tengo sentimientos por ti, eso es indudable. Pero también los tengo por él, y eso me

está volviendo loco, porque me gustaría estar con ambos, y me da miedo que eso no funcione.

Sergio asiente, su cabeza va de uno a otro. Pero se detiene para observar a Arnau, su mejor amigo.

—Yo ahora me siento un poco como Pablo. Pero he de confesarte que llevo enamorado de ti desde hace más de ocho años. Incluso cuando tuviste novio, me dolía verte con él, pero te dejé espacio para que disfrutaras de la vida.

Puedo ver cómo Arnau se encoge, una punzada de dolor se muestra en su rostro.

—No soy bisexual, nunca disfruté el sexo con mi exnovia. Siempre soñaba contigo para poder tener relaciones con ella. Solo que últimamente ya no funcionaba. Y después de la increíble noche con Pablo, me di cuenta de que lo mío no eran las chicas.

Ahí estoy yo... ¡el conversor de heteros! Rafa estaría orgullosa de mí en estos momentos.

Se hace el silencio, estamos los tres procesando las palabras de los otros, cada uno reflexiona sobre lo que acababa de ser dicho. Finalmente, es Arnau quien rompe el silencio gélido que se crea.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunta, con su voz llena de incertidumbre pero también de determinación.



Miro a Sergio, luego a Arnau, y recibo sus cálidas miradas de vuelta.
—Creo que es el momento, primero, de sincerarnos, de averiguar lo que sentimos los unos por los otros y cómo nos sentimos con esos sentimientos. Verbalizarlos lo hace real, y eso es bueno para esta situación. Ahora, toca tomar decisiones sobre cómo debemos proceder a partir de aquí.

Yo no puedo estar más nervioso. Puedo ver cómo ambos asienten en señal de acuerdo. Una sensación de determinación y de unidad llena la habitación. Reconozco que mi pantalón aprieta más de la cuenta, pero decido mantener eso al margen para poder terminar las cosas de la mejor manera posible.

Todo mi cuerpo está lleno de electricidad. Lleno de emociones y de sensaciones que quieren explorar. No nos vamos a engañar, estos dos tipos de aquí son un sueño húmedo hecho realidad. Puedo escuchar en mi cabeza a Montse gritarme «¡Fóllatelos!», y me da la risa tonta.

Sergio me mira y alza las cejas, extrañado al verme reír sin motivo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Me sorprendo de la pregunta, porque pensaba que me había reído para adentro y no lo había exteriorizado.

—Simplemente se me ha pasado por la cabeza la voz de Montse... diciendo cochinadas.

Un brillo travieso asoma por los ojos de Arnau mientras Sergio y yo nos miramos, primero, extrañados, y luego, con una creciente complicidad. Sin mediar una sola palabra, Arnau se inclina hacia mí, sus labios encuentran los míos en un beso suave, sensual y tan lleno de deseo que hace que mi corazón se pare por un instante. La sensación de su boca contra la mía me hace temblar de excitación, y no puedo evitar gemir suavemente en respuesta. Sus labios son firmes pero tiernos, y su lengua se desliza entre mis labios con una suavidad que me hace perder el aliento.

Temo por Sergio, que se asuste o esto le supere y salga corriendo. De repente, siento unas manos enormes que rozan mis pantorrillas, entiendo que Sergio se ha unido a la fiesta, porque las de Arnau están alrededor de mi cabeza, lo que hace que mi libido aumente de modo exponencial. Sus dedos encuentran el borde de mi camiseta y la levantan lentamente, sus caricias ligeras como plumas sobre mi piel expuesta. Me siento atrapado en un torbellino de sensaciones mientras siento un rastro de fuego que me quema el cuello, y unas hábiles manos me quitan el pantalón de chándal que llevo puesto, enviando escalofríos de placer por mi columna vertebral.

Entre besos, gemidos, suspiros, caricias y alguna cosa más, nos encontramos en un apasionado abrazo. Ambos se quitan la camiseta, y están pegados a mi cuerpo. Puedo captar cómo el calor de nuestros cuerpos empieza a arder de deseo. Las manos de Arnau y Sergio exploran cada rincón de mi piel, avivando las llamas de la pasión hasta que me siento a punto de arder con el calor del

momento. Arnau desliza sus manos por mi espalda, tira de mi camiseta y me la quita con destreza, mientras Sergio empieza a desabrocharme los pantalones.

El aire está cargado con el sonido de mis suspiros, los gemidos de Arnau y la respiración profunda de Sergio. Cada beso es una promesa de más, cada caricia es la invitación implícita a perderse en un torbellino de éxtasis del momento. Arnau baja sus labios por mi pecho, puedo gozar de cada uno de los besos que dejan un ardiente camino de placer mientras sus manos se deslizan por mis costados. Sergio, mientras tanto, consigue quitarme los pantalones de un modo hábil y sin que apenas me dé cuenta. Sus rápidos dedos empiezan a explorar con delicadeza mis muslos, haciendo que me estremezca de gusto.

Veó cómo ambos intercambian una mirada cargada de deseo y complicidad. Me miran y se besan. Siento el deseo acumulado a lo largo del tiempo y disfruto de ese beso como un mirón cómplice. Es tan sumamente excitante ver su perfecta sincronización al besarse, como si se conocieran de una manera íntima que yo espero conseguir con ellos. Me deleito de la sensual coreografía cuando noto cómo se separan, y Arnau encuentra uno de mis pezones y lo rodea con la lengua, mientras Sergio decide continuar su descenso. Sus besos en mi abdomen me cortan la respiración y, poco a poco, llega a mis caderas.

La sensación de sus bocas sobre mi piel y sus manos recorriéndome es abrumadora. Me siento al borde del abismo. Cada segundo que pasa, mi placer aumenta, me vuelvo más gelatinoso y me abandono al gozo. Mis manos se entrelazan en el pelo de Sergio, tiro de él mientras desciende por encima de mi pubis. Arnau, por su parte, levanta la vista, sus ojos están vidriosos por el placer, y puedo ver que no lleva ya nada puesto. Estoy tan pendiente de mi propio disfrute que no me he dado cuenta de que los dos se han desnudado. Su miembro está duro y apuntando a mi boca. Como un robot, me lo llevo a mis labios, sintiéndome lleno por primera vez en mucho tiempo, justo a tiempo para escuchar el primer gemido de placer de mi compañero cuando siente mi lengua recorrer el mástil. Levanto la vista y puedo ver que me mira con una intensidad que me hace sentir muy vulnerable, y a la vez deseado hasta el límite.

Sergio finalmente llega a su destino. Sus labios encuentran mi miembro y lo besa con una ternura que contrasta con la pasión que ahora mismo vivo en mi interior. Su lengua se mueve con una habilidad endiablada, arrancándome unos gemidos que son mitigados por el movimiento que Arnau ejerce sobre mí. Puedo sentir el calor de la boca de Sergio y cómo un dedo empieza a explorar más hacia abajo.

Entre los dos, me llevan a un lugar donde el tiempo y el espacio dejan de existir. Bueno, en realidad, a donde me llevan es al orgasmo más brutal que voy a tener en mucho tiempo. El placer es tan intenso que apenas puedo pensar, solo sentir, disfrutar y entregarme a ello. Mis manos van locas tocándolos a ambos, recorriendo la delicada piel de uno y el musculoso cuerpo del otro. Cada curva, miembro, vello... todo es mío. Me dejo llevar por todas esas sensaciones en el momento de estar completamente rodeado de ellos.

El ritmo se intensifica, y siento que el clímax se aproxima con rapidez. Arnau y Sergio lo saben, así que empiezan a sincronizarse de nuevo, aunque esta vez me usan a mí como eje. Cuando finalmente llego, es como una explosión de sensaciones que me dejan sin aliento. Mis gemidos se ven apagados por el final de Arnau en mi boca, y el gemido ahogado de Sergio al llegar a su culminación. Los sonidos y gemidos llenan la habitación mientras me derrumbo entre ellos, exhausto pero saciado por completo por una vez en muchísimo tiempo.

Nos quedamos así, disfrutando de nuestros cuerpos entrelazados por un momento, intentando recuperar el aliento. Puedo escuchar los latidos de sus corazones contra mi piel, es una melodía tranquila, que hace que me sienta tranquilo y feliz. Un contraste a la tormenta de placer que

acabamos de compartir. Nos miramos sonrientes, sabiendo que hemos compartido algo más que físico, algo profundo y significativo.

—¡Guau! —Es todo lo que llego a poder decir en ese instante, mi voz suena apenas como un susurro en la tranquila sala de estar donde todo se ha desarrollado.

—Guau, de hecho —responde Arnau con una sonrisa traviesa que me atraviesa el corazón y me hace sentir feliz, su mano aún acaricia mi piel con ternura.

Sergio se ríe suavemente, su expresión llena de satisfacción y felicidad.

—Eso fue... increíble.

Nos quedamos en silencio por un momento que parece eterno, disfrutamos de esta calma que precede del éxtasis que hemos tenido segundos antes. Soy consciente de algo, y me asusto por un segundo. Esto nos lleva a un camino que de ahora en adelante será desafiante. Pero me da igual, me doy cuenta de que nos necesitamos los tres, que juntos podremos enfrentarlo todo.

Con esa certeza en nuestros corazones, les abrazo con fuerza y recibo lo mismo de vuelta, sintiendo el calor y la conexión entre nosotros mientras nos sumergimos en la dulce satisfacción del momento. Y con esa sensación de unión, nos quedamos dormidos, listos para enfrentar el futuro que nos depare juntos.

El sol comienza a filtrarse por las cortinas cuando finalmente despertamos de la pequeña fiesta, nuestras mentes y cuerpos llenos de un agradable cansancio, pero también de una sensación de anticipación de que algo está por llegar. Les miro sonriendo, puedo notar su energía y la emoción fluir entre nosotros para enfrentar el día juntos.

Una sensación de calidez y felicidad se apodera de mí mientras contemplo a Arnau y a Sergio, sintiendo una gratitud inmensa por haberlos descubierto y ahora tenerlos en mi vida. Sé que habrá desafíos por delante, pero también sé que, con su amor y apoyo, podemos superar cualquier obstáculo.

—Gracias, chicos —digo, mis palabras llenas de emoción sincera—. Por todo.

—No, gracias a ti, Pablo —responde Arnau, su voz suave y llena de cariño—. Por ser tú mismo, por darme la oportunidad de conocerte más y acercarme. Y sobre todo, por permitir que pueda seguir conociendo al que era mi mejor amigo hasta hoy de una manera distinta y compartirlo contigo.

Sergio asiente con una sonrisa, su mirada llena de afecto y complicidad.

—Estamos juntos en esto, ¿vale? Siempre.

Con esas palabras reconfortantes en mente, nos levantamos del sofá y nos preparamos para enfrentar el día con renovada determinación y optimismo. Sabemos que la cosa no será fácil, pero también que, mientras estemos juntos, podemos superar cualquier cosa que se interponga en nuestro camino.

A medida que nos vestimos, no puedo evitar pensar en lo afortunado que soy. La noche anterior, llena de pasión y comprensión, ha sellado un vínculo que ninguno de nosotros esperaba, pero que todos deseábamos. Cuando Arnau me mira y sonrío, veo en sus ojos una promesa de aventuras futuras, de momentos compartidos y de un amor que recién comienza a florecer.

Sergio se acerca y me da un beso rápido en los labios, seguido de un guiño.

—¿Listo para enfrentar el mundo?

—Más que listo —respondo con una sonrisa, sintiendo una oleada de confianza y felicidad.

Juntos salimos de mi apartamento, el sol brilla sobre nosotros como si el universo aprobara nuestra unión. Caminamos por las calles de la ciudad, riendo y charlando, sintiendo que el mundo está lleno de posibilidades. Cada paso que damos es un paso hacia un futuro compartido, lleno de desafíos pero también de amor y apoyo incondicional.

Y así, con el corazón lleno de esperanza y los ojos fijos en el horizonte, nos dirigimos hacia el futuro, juntos. No sé exactamente qué nos deparará el destino, pero sé que, con Arnau y Sergio a mi lado, cualquier cosa es posible. Y eso, más que cualquier otra cosa, me da la fuerza y la determinación para seguir adelante, enfrentando cada nuevo día con una sonrisa y un corazón lleno de amor.



Un año después

Ha pasado ya un año desde aquella noche en la que Arnau, Sergio y yo decidimos embarcarnos en esta locura de aventura en la que estamos juntos. La vida nos ha cambiado de maneras que nunca podría haber imaginado, y lo que comenzó como una compleja locura, una encrucijada de emociones sin control y una relación a tres ha florecido en una convivencia armoniosa y llena de amor.

A los pocos meses de estar juntos, decidimos buscar un sitio donde compartir nuestra vida. Es un espacio cálido y acogedor, situado en el corazón de nuestra ciudad, Barcelona, cerca de plaza Universidad. Cuando tomamos la decisión de vivir juntos, supimos que necesitaríamos un lugar que pudiéramos llamar nuestro. Nos tomó algo de tiempo encontrar el apartamento perfecto, pero como éramos tres, pudimos encontrar uno que nos enamoró. Lo decoramos con una mezcla ecléctica de estilos, para que los tres pudiéramos sentirnos reflejados en la casa: las fotos en blanco y negro que a Arnau le gustaba tomar, plantas de interior que Sergio cuida con esmero y que no mueren —porque si fuera por mí, tendríamos un cementerio de plantas—, y mis libros y discos están repartidos por toda la casa poniendo la guinda a todo.

Nuestra vida cotidiana está llena de pequeñas rutinas que, con el tiempo, han creado un vínculo muy fuerte entre nosotros. Por las mañanas, Arnau es el primero en ponerse en marcha, prepara un café exquisito y se asegura de que todos tengamos el mejor comienzo del día. Sergio, mientras tanto, al ser tan atento a los detalles, se encarga de que el apartamento se vea impecable y las plantas luzcan lozanas y verdes. Yo, bueno, yo soy una marmota a la que las sábanas se le pegan continuamente y el último en levantarme, pero me salen unas tortitas de fábula cuando consigo llegar a la cocina y me he tomado mi primer café. Pero lo mejor es saber que, cuando me levanto, estoy en un hogar lleno de cariño y amor.

Uno de nuestros momentos favoritos del día es la cena. Fuimos hace no mucho a un curso de cocina y descubrimos que podíamos turnarnos para cocinar o hacer distintos platos. Lo divertido, aunque parezca lo contrario, es que hemos descubierto que, juntos, formamos un equipo increíble en la cocina. Arnau es el maestro de la pasta, Sergio tiene un don para hacer que cualquier plato vegetariano sepa a gloria bendita y yo me he especializado en ser el dulce de este grupo; lo mío son los postres y me esmero en hacerlos lo mejor posible. Ahora tenemos noche de películas los jueves, una tradición que empezamos al poco de mudarnos a la nueva casa juntos. Nos acurrucamos en el sofá gigante que compramos para estar los tres arrojados, viendo desde clásicos hasta nuevas series, siempre acompañados de vino, patatas fritas y muchas risas.

Hace unos meses, surgió la idea de adoptar a un animal para la casa. Aquí he de decir que fue una batalla perdida para Arnau, ya que tanto Sergio como yo queríamos un perrete, y él quería un

gato. Lo que sí estábamos de acuerdo es que deseábamos tener un compañero de cuatro patas en nuestra vida y que sería una adición maravillosa a nuestra nueva y poco convencional familia.

Pasamos fines de semana visitando refugios, conociendo perros y buscando al que encajaría con nosotros. Finalmente, encontramos a Yago, un labrador negro con una energía contagiosa y una mirada de bobalicón que nos robó el corazón al instante en el que lo vimos. Creo que adoptarlo ha sido una de las mejores decisiones que hemos tomado nunca, aparte de vivir juntos los tres. Yago ha traído aún más alegría a nuestras vidas, y sus travesuras nos mantienen entretenidos por mucho rato.

En cuanto a Montse, ella ha encontrado su propio camino hacia la felicidad. No os lo vais a creer, pero desde hace unos meses, sale con Mario, el segurata de Arena. Su relación florece de una manera que ninguno de nosotros esperaba que ocurriera, pero que todos celebramos por Montse y compadecemos a Mario a partes iguales. ¡Es broma! Nos alegramos muchísimo por ambos. Mario es un tipo encantador, con una sonrisa fácil y un corazón que no le cabe en el pecho. Se han convertido en una pareja inseparable, y no podríamos ver a Montse más feliz. Es maravilloso ver a nuestra amiga, recuperada de su adicción al ron con cola, tan contenta y realizada.

Hoy es viernes, y esta noche es especial. Rafa ha vuelto al espectáculo después de la rehabilitación. Su *alter ego drag*, Rafi, se vuelve a subir a un escenario después de un año y medio fuera de él. Hará su gran retorno a lo grande. La emoción en el aire es palpable. La música suena por la casa a todo volumen, el apartamento es una vorágine de ropa y cuerpos semidesnudos de un lado al otro preparándose para la fiesta.

—¿Has visto mi chaqueta de lentejuelas? —pregunta Arnau desde el dormitorio, su voz resonando por el pasillo.

—Está en el armario, justo donde la dejaste la última vez, despistado —responde Sergio con una sonrisa, que ajusta su camisa frente al espejo del salón.

Yo estoy en el baño, terminando de peinarme, cuando Yago entra corriendo, con la lengua fuera y lleno de energía. Me agacho para acariciarlo, disfrutando de su entusiasmo.

—Tú también estás emocionado por esta noche, ¿verdad? —le digo a nuestro perrete, que responde con un ladrido alegre.

Salgo del baño ya peinado y perfumado, y me uno a mis chicos en el salón para verles. Nos tomamos unos instantes para admirar lo bien que lo hemos hecho eligiendo nuestro vestuario. Arnau ha optado por elevar su audaz estilo con una chaqueta de lentejuelas con el nombre de Rafi bordado en la espalda y unos pantalones rosas ajustados que dan ganas de arrancárselos de cuajo. Sergio, siempre más elegante, lleva una camisa blanca de cuello Mao ajustada que no deja a la imaginación absolutamente nada y unos tejanos oscuros no tan ceñidos como los de Arnau, pero que sí le marcan un culo de infarto. Yo, en cambio, he elegido una camiseta roja sin mangas, una americana negra desabrochada por encima y unos pantalones de cuero negro que me hacen sentir más confiado que nunca.

—Estáis impresionantes, chicos —digo, sintiendo una oleada de amor y orgullo por mis compañeros.

—Pues anda que tú, tampoco te quedas atrás —responde Arnau, acercándose para darme un beso.

Nos reunimos en el sofá por un momento, disfrutando de la tranquilidad antes de la vorágine de la noche. Yago se acurruca a nuestros pies, su presencia es tan calmante como siempre.

—Va a ser una noche increíble, ¿no? —pregunta Sergio, su voz llena de anticipación—. Rafi ha trabajado mucho en este *show*, Jesús ha estado preparándolo todo como un loco. Nos

prometió que sería algo que no olvidaríamos.

—Oh, estoy seguro al cien por cien de que lo va a ser —respondo—. Y nosotros vamos a ir para apoyarles y darlo todo por ellos. Se lo merecen.

Montse llega poco después, radiante como siempre. Lleva un vestido rojo que le queda de maravilla y una sonrisa que ilumina la habitación. Nos ignora por un segundo y se abalanza a por su sobrino peludo, al que le da una chuche rápida antes de que nos quejemos. Luego alza la vista y nos mira.

—¡Chicos, estáis increíbles! —exclama mientras nos abraza a cada uno—. Esta noche será épica.

Mario aparece tras ella, con su típica chaqueta de cuero y un aire relajado. Se saludan con complicidad y se une a nosotros en el salón.

—¿Listos para una noche de locura? —pregunta, y todos respondemos con un entusiasta «¡Sí!».

Salimos juntos, riendo y charlando, sintiendo la emoción de la noche que nos espera. Las calles de Barcelona están vivas con el bullicio del viernes por la noche, y la energía de la ciudad nos envuelve mientras caminamos hacia el club donde Rafi hará su gran retorno.

Al llegar, el lugar está lleno de amigos y caras conocidas. Nos hacemos camino hacia una mesa cerca del escenario que Jesús nos ha reservado y que nos asegura tener una buena vista. Pedimos unas copas y brindamos por la noche y por la amistad.

—Por Rafi y su regreso triunfal —digo, levantando mi vaso.

—¡Por Rafi! —repiten los demás, y el tintineo de los vasos se mezcla con el sonido de la música de fondo.

Las luces se atenúan, y el murmullo del público se convierte en un silencio expectante. Jesús sube al escenario, su voz resuena a través del micrófono.

—Damas y caballeros, después de un tiempo en terapia y recuperación —empieza a decir.

—¡Terapia, tu tía la del pueblo! —se escucha gritar detrás del escenario, lo que hace que las risas llenen todo el local.

Jesús se ríe un poco, pero mantiene la compostura como maestro de ceremonias.

—Como iba diciendo. Después de un tiempo sin contar con su presencia, ¡demos la bienvenida a la increíble Rafi!

La ovación es ensordecedora, mientras las luces se enfocan en el centro del escenario. La música empieza a sonar, y Rafi aparece en una explosión de brillo y glamour. La energía en la sala es electrizante, todos estamos de pie, aplaudiendo y gritando de emoción. Rafi empieza su actuación con una fuerza y una pasión que nos deja a todos sin aliento. Su voz potente y su presencia magnética llenan cada rincón del lugar.

Miro a Arnau y Sergio y veo en sus caras el mismo orgullo y felicidad que siento yo. Esta noche es realmente especial, y sé que es solo el comienzo de muchas más aventuras y momentos inolvidables juntos. La vida nos ha dado una oportunidad única, y no pienso dejarla escapar.

Los aplausos estallan por toda la sala mientras las luces se encienden y Rafi aparece en el escenario, deslumbrante, con un traje brillante hecho a medida y con una presencia que ya echaba de menos llenando la sala. Empieza a sonar la música y, en ese instante, las lágrimas brotan de mis ojos. La cabrona ha elegido una canción para mí; lo sé porque amo *Runaway* de Cher, y es la canción con la que empieza el espectáculo. Siento la mano de Sergio agarrar la mía; sabe lo que siento por esa canción y que me estoy emocionando.

Cuando termina, todo el mundo aplaude menos yo, que estoy hecho un cromo. Siento una oleada de orgullo y alegría por mi amigo. Ha sido electrizante, y Rafi demuestra por qué es una

de las mejores en su arte. Cada paso, cada gesto y cada movimiento están llenos de pasión y talento a borbotones.

Pero el espectáculo sigue, y a lo largo del mismo, no puedo evitar sentirme increíblemente afortunado. Estoy rodeado de personas a las que amo con todo mi ser y que ese amor es correspondido y devuelto con creces. Compartimos momentos en la vida que se convertirán en preciosos recuerdos que atesoraré para siempre. Miro a Arnau y a Sergio, y veo en sus ojos la misma felicidad y gratitud que siento ahora mismo en mi corazón.

Cuando el espectáculo termina, nos levantamos para aplaudir con todas nuestras fuerzas, vitoreamos a Rafi, gritamos su nombre y chasqueamos los dedos en señal de aprobación. Esta noche Rafi se ha salido y ha sido un retorno gigante. Ella hace varias reverencias, me mira directamente a mí y me manda un beso silencioso, que sé que es para mí, que me lo dedica y lo convierte en algo especial de la noche. Con una radiante sonrisa, se despide del público y se vuelve hacia el camerino.

—¡Eso fue una pasada! —exclama Montse, su cara iluminada por la emoción.

—Rafi se ha superado, ha dejado el arte al nivel de los dioses —añade Mario, asintiendo con aprobación.

Vemos a Jesús que sobresale por un lateral del escenario y nos señala con la mano para que le acompañemos. Nos dirigimos hacia los camerinos para felicitarla personalmente. Rafi nos recibe con los brazos abiertos, su cara todavía brilla por el sudor y la emoción de la actuación.

—¡Lo hiciste, Rafi! —dice Sergio, que la abraza con fuerza.

—Sabía que todo ese entrenamiento que hicimos te ayudaría muchísimo —añade Arnau, dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, chicos. Vuestro apoyo significa el mundo para mí —responde Rafi, visiblemente emocionada. Me mira, se aparta de todos y se dirige hacia donde estoy.

—Eres una cabrona, ¿lo sabes, no? —Rafi me sonrío mientras yo rompo a llorar y la abrazo.

—Sabes que te quiero mucho, tontolaba. Tenía que dedicarte algo que te llegara dentro.

Me hundo en su hombro y sollozo un poco antes de recomponerme. Siento que los brazos de Sergio me agarran por la cintura a modo de apoyo.

Pasamos el resto de la noche celebrando juntos, bailando y riendo, disfrutando de la compañía y del momento. La música, las luces y la energía de la noche crean un ambiente mágico que nos envuelve a todos.

A medida que avanza la fiesta, siento una profunda paz interior. Hemos recorrido un largo camino desde aquellos primeros días de incertidumbre y confusión. Ahora, hemos encontrado nuestro ritmo, nuestro equilibrio, y estamos más unidos que nunca.

Finalmente, regresamos a casa, cansados pero felices. Yago nos recibe con entusiasmo, su cola moviéndose como un torbellino. Nos acurrucamos juntos en el sofá, recordando los momentos destacados de la noche y riendo ante las anécdotas.

—¿Qué os parece si adoptamos otro perro? —sugiere Arnau de repente, su cara iluminada por una sonrisa traviesa.

—¿Otro? —pregunta Sergio, entre risas—. ¿No tenemos suficiente con Yago?

—Sería divertido —añado, imaginando la casa llena de aún más vida y energía.

—¿Aún más? —pregunto yo, asustado y divertido.

—Entonces, es un plan —concluye Arnau, que nos guiña un ojo.

Nos abrazamos con fuerza, podemos sentir el calor y la conexión mágica que aún hay entre nosotros. La vida puede ser impredecible, desafiante y muy cabrona, pero mientras estemos juntos, sé que podemos enfrentar cualquier cosa. Y con esa verdad en nuestros corazones, nos

quedamos dormidos en nuestra supercama, listos para enfrentar el futuro con amor, esperanza, cariño y emoción, sabiendo que juntos viviremos muchos más viernes noche.

Agradecimientos

Hay gente que no lo cree, pero junto a la sinopsis, esta es la parte más complicada de escribir un libro. No solo porque no debes extenderte demasiado (que podrías hacerlo), pero en teoría quieres que esto también se lo lean. Así que has de condensar en no muchas líneas y palabras los agradecimientos. Así que, sin más “dilatación”...

Para la persona más importante en mi vida, mi ancla con la realidad y mi compañero de vida. Sin Albert, esto no llegaría a ningún lado; sin su amor y su paciencia, nada de lo que escribo llegaría lejos.

Quien se ha hecho muy importante para mí con los años ha sido Noni García, no solo porque creo que es una mujer maravillas, sino porque es, ante todo, una amiga leal y verdadera como pocas.

A Dani Vera, por sufrir la corrección de mis libros y tenerme paciencia... ¡que no es poco, eh!

A mis niñas de Irlanda, Marta, Jael, Irene y Aura. Sin vosotras, este país sería complicado, pero os habéis convertido en mi familia elegida y eso lo hace muchísimo más soportable e importante. Os quiero hasta el infinito.

A Gema Tacón, por conseguir que cada día, al menos, tenga algo con lo que reírme.

A Melanie Alexander, mi actual lectora 0 de mis locuras, y que me está ayudando más de lo que imagina. Gracias de corazón.

A Myriam Ribes, mi bruja menorquina de confianza y la persona con el corazón más grande del universo. Te quiero a morir *forever*.

Seguramente me voy a dejar a mucha gente por el camino, pero en algún momento hay que cortar y seguir adelante. Os dejo con esta magnífica historia que nació de mi necesidad de contar algo de mi época mezclado con la actual.

Disfrutad del viernes noche.

Otras novelas de Fabián Vázquez

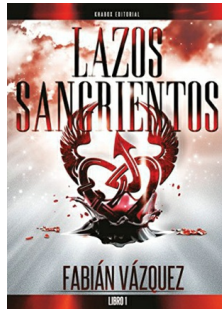
La búsqueda del perdón

<https://relinks.me/B00JVT6SPW>



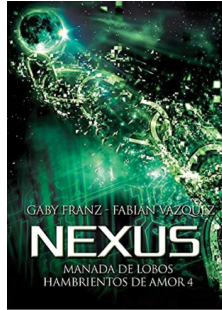
Lazos Sangrientos

<https://relinks.me/B016R28KEC>



NEXUS

<https://relinks.me/B093YCVMZH>



El dolor

<https://relinks.me/B000JFOI7I>

